



**IHS VS
+
CÁRITAS**

**MAESTROS DE VIDA.
PRIMAVERA DE LA IGLESIA**

**A los 50 años de la convocatoria
del II Concilio del Vaticano.
(IIª parte)**

Enero - Marzo de 2014

ORACIÓN DE ABANDONO

Padre mío,
me abandono a Tí.

Haz de mí lo que quieras.

Lo que hagas de mí
te lo agradezco,
estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo.

Con tal que tu voluntad
se haga en mí
y en todas Tus criaturas,
no deseo nada más, Dios mío.

Pongo mi vida en Tus manos.
Te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo,
y porque para mí
amarte es darme,
entregarme en Tus manos
sin medida,
con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.

DIRECCIÓN

Manuel Pozo Oller
Parroquia Ntra. Sra. de Montserrat
C/ Juan Pablo II, 1 04006 – Almería
vicariopastoral@diocesisalmeria.es

SECRETARIA DE DIRECCIÓN

María del Carmen Picón Salvador
C/ Lopán 47, 4º, H. 04008 – Almería
maikaps@gmail.com

ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES

Comunitat de Jesús. C/ Joan Blanques, 10 08012 – Barcelona o, si lo
prefiere, a través del c.e: secretaria@comunitatdejesus.net;
Josep Valls: jvalls@tinet.cat

REDACCIÓN

André Berger: andrebeni@gmail.com
Vicent Comes Iglesia: vicoig@yahoo.es
Hta. Josefa Falgueras: germanetes3@hotmail.com
Antonio Marco Pérez: amarco929@gmail.com

COLABORADORES

Gabriel Leal Salazar, Ana Mª Ramos Campos,
Antonio Rodríguez Carmona, Josep Vidal Taléns

IMPRIME

Imprenta Úbeda, S.L. Industria Gráfica
La Rueda, 18. Polígono Industrial san Rafael
04230 – Huércal de Almería (Almería) - Tº. 950.141 515
E-mail: administraci3n@imprentaubeda.com
DEPÓSITO LEGAL: AL 4-2010

COLABORACIÓN ECONÓMICA PARA ESPAÑA

Por un año. Ordinaria: 16 €. Especial: 20 €
Por un número suelto: 3,5 €. Por un número doble: 5 €

COLABORACIÓN ECONÓMICA PARA OTROS PAÍSES

Por un año: 25 €

NOTA PARA RECIBIR EL BOLETÍN

Deseo recibir el **BOLETÍN "IESUS CARITAS"** de la Asociación C. Familias Carlos de Foucauld, desde el año _____

Modo de enviar mi colaboración económica

Transferencia bancaria a «Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín "Iesus Caritas"», entidad bancaria La Caixa, cuenta 2100 3012 80 2200462278, Oficina 3012, Plaza Rovira C/ Rabassa, 21 08024 Barcelona.

DOMICILIACIÓN DE APORTACIONES

[Comunitat de Jesús. Administración Boletín C/ Joan Blanques, 10 08012 – Barcelona]

DATOS PERSONALES

Nombre y Apellidos
Dirección N° ... Piso ... Puerta ...
Código Postal Población Provincia

DATOS DE LA CUENTA

Nombre de la Entidad Bancaria
Sucursal y domicilio, calle N°
Código Postal Población Provincia
Número Cta (20 cifras) —————
Titular de la Cuenta

Autorizo a la administración de la "Asociación Familia Carlos de Foucauld en España" para domiciliar mi aportación anual al Boletín Iesus Caritas de acuerdo con los datos que figuran arriba.

Fecha:

Firma:

Transferencia bancaria a "Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín "Iesus Caritas", entidad bancaria La Caixa, cuenta IBAN ES53 2100 3012 8022 0046 2278 BIC (Código Internacional de Identificación Bancaria en el sistema SWIFT): CAIXESBBXXX — Divisa: Euros.

Editorial

MAESTROS DE VIDA

El Boletín ha dedicado con éste dos números al II Concilio del Vaticano. El Consejo de Redacción del Boletín ha querido que ésta fuera nuestra aportación en la celebración de los 50 años de su apertura. Muchas colaboraciones interesantes han quedado fuera por obvios problemas de espacio pero valoramos más que la letra el recuerdo agradecido a aquella magna asamblea. Somos conscientes de que queda mucho por hacer como lo expresaba en su momento el gran teólogo Karl Rahner: “Un Concilio es, con sus decisiones y enseñanzas, solo un comienzo y un servicio. El Concilio solo puede dar indicaciones y expresar verdades doctrinalmente. Y por eso es solo un comienzo. Y después, todo depende de cómo se lleven a cabo esas indicaciones y cómo caigan esas verdades en el corazón creyente y produzcan allí espíritu y vida. Esto no depende, pues, del Concilio mismo, sino de la gracia de Dios y de todos los hombres de la Iglesia y de su buena voluntad. La renovación de la Iglesia no ocurre en el Concilio y a través de sus decretos, sino después”.

El número dedicado al Concilio Vaticano II (Octubre-Diciembre 2013) llevaba por título “Revelar el genuino rostro de Dios. A vino nuevo, odres nuevos (Mc 2,22)” y en él quisimos presentar el cambio de orientación pastoral de la Iglesia y su preocupación por evangelizar y ser signo del amor de Dios en el mundo.

En este número, segundo dedicado al Concilio Vaticano II, se ha intentado recoger las experiencias de los maestros de vida, aquellos que prepararon el Concilio y se empeñaron en su aplicación. En el apartado *Desde la Palabra* extraemos una meditación de André Dupleix del libro reseñado en el apartado *Un libro, un amigo* del número anterior que lleva por título *El Concilio Vaticano II*. La décima meditación la dedica a la Evangelización como preocupación primera de la actividad misionera de la Iglesia.

Recuperamos de los antiguos Boletines un artículo de Mons. Provençères para el apartado *En las huellas del Hermano Carlos*. En el texto se recoge la conferencia que pronunció en Marsella con

motivo de la celebración de la Asamblea Internacional de la Fraternidad Secular en agosto de 1964 en pleno debate conciliar.

El apartado *Testimonios y Experiencias* cuenta con el testimonio de Mons. Ancel, obispo obrero. El artículo muestra la preocupación de la Iglesia del momento por salir de los templos a evangelizar con un estilo nuevo basado en la presencia y acompañamiento de las gentes.

Se ha querido complementar esta sección con dos testimonios diferentes. Una seglar, teóloga, con sencillez y usando un lenguaje familiar, habla de los curas del post-Concilio y muestra el aire nuevo que trajo su recepción. Un sacerdote, párroco con mucha experiencia, nos habla del nacimiento y crecimiento de su parroquia como lugar de encuentro y medio excelente de evangelización. Resume su quehacer pastoral citando la conocida afirmación sobre la parroquia del beato Juan XXIII que la define diciendo que “es como la fuente de agua fresca de la plaza del pueblo, donde todos van a saciar su sed”. Todo un reto.

La sección *Ideas y Orientaciones* dedica extensión a dos obispos en latitudes de la tierra distintas. Mons. Claude Rault reflexiona sobre la actividad evangelizadora en medio del mundo musulmán y comparte su experiencia de oración comunitaria. Mons. Ángel Garachana, obispo de San Pedro Sula (Honduras), a partir de unas palabras que se ve obligado a dirigir en una cena para recaudar fondos para los pobres, nos presenta su experiencia de servicio episcopal en referencia a los tres símbolos de la palabra, la casa y el pan.

La sección se cierra con el documento “El pacto de las Catacumbas” El 16 de noviembre de 1965, pocos días antes de la clausura del Concilio, cerca de 40 padres conciliares celebraron una eucaristía en las catacumbas de santa Domitila. Pidieron “ser fieles al espíritu de Jesús”, y al terminar la celebración firmaron lo que llamaron “el pacto de las catacumbas”. El “pacto” es un desafío a los “hermanos en el episcopado” a llevar una “vida de pobreza” y a ser una Iglesia “servidora y pobre”. Los firmantes se comprometían a vivir en pobreza, a rechazar todos los símbolos o privilegios de poder y a colocar a los pobres en el centro de su ministerio pastoral.

Desde la Palabra



«Si la Iglesia quiere acercarse a los verdaderos problemas del mundo actual y esforzarse por bosquejar una respuesta, tal como ha intentado hacerlo en la constitución *Gaudium et spes*, debe abrir un nuevo capítulo de epistemología teológico-pastoral. En vez de partir solamente del dato de la revelación y de la tradición, como ha hecho generalmente la teología clásica, habrá que partir de un dato de hechos y problemas recibido del mundo y de la historia [...]»

Al recibir el Concilio Vaticano II 50 años después, creemos que sería un error a la hora de interpretarlo si lo hiciéramos en un sentido eclesiocéntrico (centrado sobre la Iglesia). La visión conciliar de la Iglesia es teocéntrica, cristocéntrica y antropocéntrica. De esta comprensión dependen los impulsos esenciales para una pastoral futura en la línea del Vaticano II. La primera prioridad que urge hoy es el problema de Dios, no el de la Iglesia. A diferencia del siglo XIX, hoy los ateos militantes son pocos, pero la situación es mucho peor. Se vive como si Dios no existiera. Por eso debemos reiniciar a partir de los fundamentos de la fe y abrir caminos hacia Dios a partir de la experiencia y de la vida».

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

INSTITUTO SUPERIOR DE PASTORAL

Recibir el Concilio 50 años después

Estella (Navarra) 2012, 8.

¡AY DE MÍ SI NO ANUNCIO EL EVANGELIO!

«Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (Mt 28, 19). [...] La misión, pues, de la Iglesia se realiza mediante la actividad por la cual, obediente al mandato de Cristo y movida por la caridad del Espíritu Santo, se hace plena y actualmente presente a todos los hombres y pueblos para conducirlos a la fe, la libertad y la paz de Cristo por el ejemplo de la vida y de la predicación, por los sacramentos y demás medios de la gracia, de forma que se les descubra el camino libre y seguro para la plena participación del misterio de Cristo» (AG 5).

“El hecho de predicar no es para mí motivo de orgullo. No tengo más remedio y, ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!” (1 Co 9,16). Esta exclamación del apóstol Pablo expresa bien, con realismo, lo que caracteriza a la evangelización desde los orígenes del cristianismo: transmitir las palabras y la enseñanza de Jesucristo y ser testigos de su presencia. Nadie puede llamarse discípulo de Jesús si no habla de Él, si no proclama su fe.

Lo mismo sucede con la Iglesia cuya vocación no consiste en anunciarse a sí misma o en dar testimonio de sí misma, sino en revelar a Dios al mundo, en llevar hasta Cristo y en transmitir el soplo del Espíritu, que la recorre, y el mensaje fundamental del Evangelio, que la estructura. La Iglesia tiene como fin no precisamente ni en primer lugar su equilibrio institucional interno, por mucho que tenga su importancia, sino su misión, que recibe permanentemente de Cristo: anunciar la Buena Nueva al mundo, con sus consecuencias espirituales, culturales y morales.

“Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo” (Jn17,3).

Así pues, nuestra meditación se centra aquí en la fidelidad de la Iglesia a la voluntad de Cristo: que todos los hombres reciban el Evangelio y descubran a Dios.

El Concilio recuerda ante todo la dimensión trinitaria de la misión. El designio de Dios Padre es llamar a los hombres a participar de su vida no sólo individualmente, excluido cualquier género de conexión mutua, sino constituirlos en pueblo, en el que sus hijos que estaban dispersos se congreguen en unidad (AG 2). La misión del Hijo al asumir la naturaleza humana es ser verdadero mediador entre Dios y los hombres [...] para hacerlos partícipes de la naturaleza divina [...], establecer la paz... y armonizar la sociedad

fraterna entre los hombres (AG 3). La misión del Espíritu Santo es unificar y vivificar a la Iglesia. Alguna vez también se anticipa visiblemente a la acción apostólica, lo mismo que la acompaña y dirige incesantemente de varios modos (AG 4).

Toda la actividad misionera procede del hecho de que la Iglesia es enviada por Cristo al mundo entero para desplegar la fe y ser signo de esperanza. El primer fin de la misión es la evangelización e implantación de la Iglesia en los pueblos o grupos en que todavía no ha arraigado (AG 6), lo cual está en relación con las necesidades fundamentales de la humanidad.

La actividad misional tiene también una conexión íntima con la misma naturaleza humana y sus aspiraciones. Porque manifestando a Cristo, la Iglesia descubre a los hombres la verdad genuina de su condición y de su vocación total, pues Cristo es el principio y el modelo de esta humanidad renovada, llena de amor fraterno, de sinceridad y de espíritu pacífico a la que todos aspiran (AG 8).

Pero la evangelización no sólo atañe a los misioneros «habilitados», cuya espiritualidad y compromiso pastoral son, sin duda, indispensables; la Iglesia entera es misionera. Viviendo el Pueblo de Dios en comunidades, sobre todo diocesanas y parroquiales, en las que de algún modo se hace visible, a ellas corresponde también dar testimonio de Cristo delante de las gentes (AG 37).

Si hablamos de una «nueva evangelización», ésta entra de lleno en la actividad misionera permanente de la Iglesia. Cristo nos invita a mirar adelante con confianza y a seguirlo en la misión que nos encomienda hoy más que nunca. «He venido para que tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10, 10).

Texto para meditar: Mc 6,6-13.

*Señor Jesús,
tú que quieres que todos los hombres se salven
y lleguen al conocimiento de la verdad,
ayúdanos a participar, allí donde estemos,
en la misión evangelizadora de la Iglesia.*

En las huellas del Hermano Carlos



«De esta forma, el ideal legítimo y terapéutico de la secularización se colocó al margen de la inspiración y motivación cristianas, quedó privado de alma evangélica y de fuerza profética [...] Esto llevó a algunos partidarios del Concilio a mirar al mundo no con los ojos de la fe, no con los ojos de Dios, como Dios lo mira, sino a mirarlo como el mundo se mira complacientemente a sí mismo. Así quedó desacreditada la excelente causa de la constitución *Gaudium et spes*, que tanto entusiasmo había suscitado en muchos creyentes y no creyentes. Esta contaminación ideológica de la secularización hizo que el anuncio del Evangelio no tuviera crédito y que la denuncia del mundo no pasara de ser un grito agrio y escandaloso.

Probablemente, en el fondo de esta contaminación estuvo una cierta dejación de la dimensión mística y contemplativa de la vida, que es lo único que hace valiosa humana y evangélicamente toda secularización.

Sin el cultivo de la espiritualidad, de la experiencia de Dios, de la dimensión mística de la vida, es difícil atinar con una secularización compatible con las exigencias del Evangelio. Cristianamente hablando, la secularización es compatible con todo menos con el abandono de la dimensión mística y contemplativa de la vida».

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA
INSTITUTO SUPERIOR DE PASTORAL
Recibir el Concilio 50 años después
Estella (Navarra) 2012, 125.

EL II CONCILIO DEL VATICANO Y LAS FRATERNIDADES CARLOS DE FOUCAULD

La mayor de las gracias es hoy día la gracia del Concilio. Juan XXIII decía que el Concilio era el objeto de todas sus preocupaciones y quería que también fuera objeto de las preocupaciones de todos los cristianos. En cuanto fue elegido Pablo VI dijo que el Concilio sería la gran obra de su pontificado.

Aquí existe una gracia que el Espíritu Santo otorga a la Iglesia y a cada uno de sus miembros. Debemos estar atentos para recoger, en cada instante de nuestra vida, la gracia ofrecida por Dios. Esto está enteramente dentro de una vocación de pobreza. El pobre vive de migajas y en algunos casos obtiene migajas muy grandes, como hoy. El pobre no tiene nada propio: todo lo recibe de Dios. Siempre tendrá lo suficiente y hasta superabundancia en la medida en que recogerá la gracia que se le ofrece a cada instante.

Es fácil observar la notable concordancia que existe entre las orientaciones de fondo del Concilio y los principales aspectos de la espiritualidad del hermano Carlos de Jesús y de sus Fraternidades. Esto se explica fácilmente, porque es el mismo Espíritu el que actúa en todo. Un siglo para Él es menos que un segundo para nosotros. Está preparando desde hace mucho tiempo su Concilio. Todos sus impulsos han sido orientados desde hace un siglo hacia la profundización de la teología de la Iglesia: papel del Soberano Pontífice, lugar de la Iglesia diocesana, desarrollo de la doctrina misional, acción católica, movimiento litúrgico, etc... Lo que preparaba por medio de grandes movimientos: lo preparaba también suscitando santos, guías espirituales. Me parece cada vez más evidente que el hermano Carlos de Jesús ha sido, tal como dijo Pío XI de Santa Teresita del Niño Jesús, una «palabra viva de Dios», dirigida por Dios a la Iglesia y al mundo de hoy.

Me imagino que es esta concordancia entre la espiritualidad de la Fraternidad y las preocupaciones de la Iglesia, lo que explica la simpatía manifestada por tantos obispos por las Fraternidades. En los contactos que he tomado en el curso de las dos primeras sesiones, he quedado sorprendido por el número de ellos que conocen las Fraternidades y el interés que tienen por ellas. Creo poder decir que ellos esperan mucho de ellas, y conviene que ustedes lo sepan, no

para glorificarse, sino para que comprendan mejor su responsabilidad.

Podemos alegrarnos muy sinceramente de esta concordancia, entendiéndose bien que no puede ser cuestión de vaciar a la Iglesia dentro del molde de la Fraternidad. Es la Fraternidad la que debemos vaciar en el molde de la Iglesia. En la medida en que la Fraternidad sea fiel para recoger con un alma de pobre la gracia que Cristo le ofrece hoy día, en esa misma medida encontrará una nueva juventud.

En el curso de los próximos meses, de los próximos años, ustedes podrán buscar en los textos conciliares y en los discursos del Papa, en las intervenciones de los obispos, fórmulas para expresar la doctrina de la Fraternidad. En ciertos puntos, será necesario precisarla, ponerla al día. El hermano Carlos vivió hace ya varios años, cuando la situación no era la misma de hoy; por lo demás, él quería que la abnegación para con el Papa y la Iglesia fuera un signo distintivo de todos sus discípulos. Para definir las orientaciones de la Fraternidad, debemos inspirarnos en el espíritu del hermano Carlos, lo que nos caracteriza, y tener la preocupación de seguir las directivas de la Iglesia y responder a las necesidades del mundo actual.

En razón misma de esta concordancia que descubrimos entre su espiritualidad y las directivas del Concilio, concordancia que es obra del Espíritu Santo, las Fraternidades tienen que aportar una contribución importante a la renovación, al *aggiornamento*, que el Concilio quiere provocar en la Iglesia.

Juan XXIII y Pablo VI han dicho con insistencia que es en la medida en que todos los católicos, todos los cristianos, todos los hombres de buena voluntad, estén disponibles a los impulsos del Espíritu Santo, como el Concilio dará sus frutos. Tengamos el deseo de estar todos disponibles a la acción divina y apliquémonos para vivir fielmente los diferentes aspectos de nuestra espiritualidad que mejor respondan a las orientaciones del Concilio.

Conocimiento y renovación de la Iglesia

El Concilio, dice el Papa, debe «explorar» el misterio de la Iglesia y tomar conciencia de su estrecha unión con Jesucristo, su modelo. Después, y este es segundo objetivo, habiendo tomado más conciencia de lo que es y de lo que debe ser, la Iglesia debe reformarse para estar en perfecto acuerdo con su divino modelo.

Deseo resumir exactamente el pensamiento del Santo Padre: la Iglesia es, ante todo, un misterio, una «realidad impregnada de la presencia divina».

La primera meta del Concilio es explorar este misterio, tomar conocimiento más exacto de él. No hay nada sorprendente en el hecho de que después de veinte siglos de cristianismo, el concepto auténtico, profundo, completo de la Iglesia, tal como la fundó Cristo, tenga que ser presentado de una manera más precisa. «Queda fuera de duda que es un deseo, una necesidad, un deber de la Iglesia el dar una noción más profundizada de sí misma».

Me parece que este es el punto central del trabajo conciliar. El Papa, por lo demás, lo dice: «A nadie se le puede escapar la importancia de semejante misión doctrinal, confiada al Concilio y de la cual la Iglesia puede extraer una conciencia de sí misma, luminosa, exaltante, santificante. Dios quiera que nuestras esperanzas sean satisfechas».

En la primavera última un Padre del Concilio confiaba al público: «Siento la necesidad de hacerles esta confidencia : yo me había hecho hasta hoy una conciencia demasiado jurídica de la Iglesia; el Concilio me ha ayudado a descubrir su misterio». Sean cuales sean las doctrinas teológicas que podemos seguir, todos tenemos que acusarnos de habernos detenido demasiado en los aspectos visibles de la Iglesia y de no haber escrutado profundamente su misterio. Ahora bien, es este misterio donde la teología de los últimos siglos, en reacción contra la reforma protestante, corría el riesgo de dejar en segundo plano o por lo menos de no destacar en todo su valor.

Los Padres del Concilio han explorado este misterio con profunda alegría. Se trata, en realidad, de descubrir las relaciones que unen a la Iglesia con Cristo. Hoy día el mundo pregunta a la Iglesia: «¿Quién eres tú?» A esa pregunta, la Iglesia no continuará dando la respuesta que está en el catecismo y que insiste sobre el aspecto jurídico de una sociedad visible: «La Iglesia es una sociedad visible, fundada por Jesucristo, gobernada por el Papa y los obispos unidos al Papa y extendidos por toda la tierra». Al que haga esa pregunta, la Iglesia debe responder ante todo: «Vengo de Cristo; vivo por Cristo, voy hacia Cristo». Esta respuesta debemos proclamarla por nosotros mismos y hacerla oír al mundo que nos rodea: «Cristo es nuestro principio, nuestra vía, nuestro guía; es Cristo quien es nuestra esperanza y nuestro fin».

Esta contemplación de Cristo inspirará el programa de reformas. «La Iglesia se contempla en Cristo como en un espejo, y en ese sentimiento, muy vivo de amor, se esfuerza por descubrir en él su propia forma, esa belleza que desea para ella, resplandeciente». Si esa mirada revelara alguna sombra, alguna deficiencia en su rostro o en su traje nupcial, ¿qué debería hacer por instinto y valientemente? Está claro: debería reformarse, corregirse, esforzarse por recuperar esta conformidad con su divino modelo, lo que constituye su deber fundamental. Por tanto, el deber fundamental de la Iglesia está definido por la imitación de Jesús.

Recordemos las palabras del Señor en su oración sacerdotal ante la proximidad de su inminente pasión: «Me santifico yo mismo para que ellos sean santificados en toda verdad». Según nuestra opinión, el segundo Concilio Ecuménico Vaticano debe ponerse en este plano esencial, deseado por Cristo. Es sólo después de este trabajo de santificación interior que la Iglesia podrá mostrarse a la faz del mundo entero y decir como Cristo: «Quien me ve, ve al Padre». En resumen, el Concilio tiende a dar o a acrecentar en la Iglesia este resplandor de perfección y santidad que sólo la imitación de Cristo y la unión mística con Él en el Espíritu Santo pueden conferirle». Esta idea de conformidad con Cristo, «el divino modelo», es la expresión del Papa, pero se podría decir, sin faltar a la verdad, «el modelo único», expresión que sin cesar se repite en los decretos disciplinarios y da su explicación profunda. El Papa esboza así el programa general:

«Al Cristo vivo debe responder la Iglesia viva. La Fe y la Caridad son los principios de su vida. Nada debe ser descuidado para dar a la Fe, dichosa certidumbre y alimento nuevo. Un estudio más asiduo y una devoción más grande a la palabra de Dios serán las bases de esta reforma. La educación de la Caridad tendrá sitio de honor. La Iglesia debe aspirar a ser la Iglesia de la Caridad si quiere renovarse y reformar al mundo. La Caridad, por lo demás, es la reina, la raíz de todas las demás virtudes cristianas: la humildad, la pobreza, la piedad, el espíritu de sacrificio, el coraje de la verdad y el amor de la justicia y las demás fuerzas de acción del hombre.

1. LA POBREZA EN LA IGLESIA DE HOY

El cardenal Lercaro decía: «Si bien es exacto afirmar que la meta del Concilio es hacer que la Iglesia sea más conforme a la verdad del Evangelio y más apta a responder a los problemas de nuestra época, se puede decir que el tema central de este Concilio es la Iglesia,

precisamente en tanto que es Iglesia de los pobres» (Documentation Catholique colección 321, notas).

En su mensaje radial de septiembre de 1962, preludio a la apertura del Concilio, Juan XXIII dijo: «Otro punto luminoso: frente a los países subdesarrollados, la Iglesia se presenta tal como es y como quiere ser, la Iglesia de todos y muy especialmente la Iglesia de los pobres» (DC 1962, 1.220). En su mensaje de Navidad de 1963, Pablo VI decía: «El sufrimiento de los pobres es el nuestro y queremos esperar que nuestra simpatía para con los pobres sea de naturaleza para suscitar este amor nuevo, que por medio de la prudente animación de un dispositivo económico, multiplicará los panes para saciar al mundo» (DC 1964, 99).

Cuando se estudia la teológica de la pobreza en el Concilio, se aprecia que se resume enteramente en lo siguiente: la Iglesia quiere seguir, imitar a Cristo pobre. En el esquema sobre la Iglesia se ha insertado un artículo sobre la pobreza como uno de los puntos esenciales de la Iglesia. No pienso traicionar el secreto dándoles la traducción de ese pasaje. Verán que todo está presentado como una imitación de Jesús; la Iglesia debe seguir a Cristo pobre: «Tal como Cristo cumplió la obra de redención en medio de la pobreza y la persecución, del mismo modo la Iglesia está llamada a entrar en esta vía para comunicar a los hombres los frutos de salvación. Cristo Jesús, aunque de condición divina, se aniquiló a sí mismo y tomó la condición de esclavo. Se hizo pobre por nosotros, siendo rico. Del mismo modo, la Iglesia, aunque necesita de recursos humanos para cumplir su misión, no ha sido instituida para buscar la gloria terrestre, sino para predicar con su propio ejemplo la humildad y la abnegación. Cristo ha sido enviado por el Padre para llevar la Buena Nueva a los pobres y sanar a los afligidos, para buscar y salvar lo que estaba perdido. Del mismo modo, la Iglesia rodea de afecto toda miseria humana: más aún, reconoce en los pobres y los que sufren la imagen de su Fundador, pobre también y que sufrió mucho, y procura aliviar su aflicción, considerando que sirve a Cristo al ponerse a su servicio.»

En el capítulo sobre, la llamada universal a la santidad, será precisado que para tender a la perfección, todo cristiano está invitado a admitir la pobreza de su Maestro. Como la Iglesia, el cristiano debe ser pobre porque Jesús se hizo pobre.

Insisto en un matiz que tal vez no se encuentra en el texto, pero que resume bien las preocupaciones de los Padres: como Cristo, la Iglesia debe ser asequible a los pobres. Continuamente, los Padres del

Concilio hablan de su sufrimiento ante la separación que actualmente existe entre la Iglesia y los pobres; una de sus primeras preocupaciones es la de acortar esta separación.

Esta es la espiritualidad del Concilio. Pienso que no necesito detenerme mucho tiempo para subrayar cómo la espiritualidad del hermano Carlos de Jesús se conjuga con todas las líneas maestras de la espiritualidad de la Iglesia de hoy. Atención al misterio de Dios, contemplación de Jesús, búsqueda de Jesús presente en su Iglesia y muy especialmente en la Santa Escritura y en la Eucaristía. Búsqueda de Jesús, presente en la persona de los pobres. La contemplación de Cristo que conduce a su imitación (la imitación es una exigencia del amor, decía el hermano Carlos). Jesús es el modelo divino (modelo único, decía el hermano Carlos). Es muy particular el imitar a Jesús pobre. Tal como el vivir en medio de los pobres, compartir su vida. Me ha impresionado mucho la concordancia tan perfecta entre los rasgos sobre los cuales insistía el Papa y lo que constituye el fondo de la espiritualidad de las Fraternidades. Estoy convencido de que la meditación del texto conciliar dará un nuevo impulso a la Fraternidad y la hará participar en este *aggiornamento* que el Espíritu Santo desea en su Iglesia a través de todos los cristianos.

2. LA UNIDAD ENTRE LOS CRISTIANOS

Cuando se estudian atentamente los textos de Juan XXIII y Pablo VI aparece que los dos primeros objetivos del Concilio, y especialmente la reforma de la Iglesia, están condicionados a un tercero: la Iglesia se esfuerza por tomar una conciencia más exacta de sí misma y de reformarse con miras a contribuir mejor a la realización de la unión entre todos los cristianos. El esquema sobre la Iglesia lo dice explícitamente. La doctrina católica del ecumenismo, tal como la va a presentar el Concilio, ya os es conocida, como consecuencia de los debates de la segunda sesión.

Hay una profunda concordancia entre el espíritu de las Fraternidades y los principios del diálogo ecuménico definidos por Pablo VI: actitud humilde, leal y pacífica, de respeto humilde y fraternal ha sido escrito en los Estatutos de las Fraternidades.

Creo poder decir que las disposiciones requeridas para el diálogo ecuménico son exactamente las mismas que se desarrollan en las Fraternidades y que el diálogo ecuménico está concebido por el Concilio según un espíritu que corresponde perfectamente al suyo.

Pienso también que la espiritualidad de las Fraternidades hace particularmente fácil el contacto. Porque es una espiritualidad montada sobre el ejercicio de la fe en Cristo y el amor de Cristo y una vida de unión con Él. Una espiritualidad alimentada por la meditación del Evangelio, insistiendo sobre los valores evangélicos, el ideal de las bienaventuranzas. Ahora bien, justamente, y el esquema sobre el ecumenismo lo precisa, estos son puntos de encuentro con los hermanos separados, especialmente con los protestantes, y es un hecho que las relaciones se establecen fácilmente entre las Fraternidades y las comunidades protestantes. Por tanto, creo que los miembros de las Fraternidades tienen un deber muy particular de comprometerse resueltamente en el movimiento ecuménico al que el Concilio ha dado un fuerte impulso. Será un deber para las Fraternidades estudiar, en cuanto aparezca, el decreto sobre el ecumenismo que precisa los principios católicos sobre el ecumenismo. Habrá que proporcionar un esfuerzo doctrinal para llegar a conocer bien la doctrina católica sobre los puntos en los cuales hay dificultades para la unión y para conocer al mismo tiempo la posición de otras comunidades. Más aún, exigirá un gran esfuerzo espiritual de fidelidad a Cristo y a su Evangelio. Pero semejante empresa debe inspirar valor para ser generosamente fieles.

3. DIÁLOGO CON EL MUNDO.

Llego al último punto: el diálogo con el mundo. Es el objetivo final del Concilio, ya que de la misma manera en que la reforma interior de la Iglesia Católica era deseada para preparar y facilitar la unión entre todos los discípulos de Cristo, esta unión es deseada por la Iglesia como un medio para entablar el diálogo con el mundo. La división actual, dice el Papa, es el «drama espiritual» de la Iglesia; paraliza todo esfuerzo misionero junto a los infieles. «El signo en que se reconocerá que sois mis discípulos es que os amaréis los unos a los otros». Nuestra división es un verdadero escándalo por el cual somos responsables ante el Señor. Tenemos el deber de hacer todo lo posible por esta unidad. Algunas semanas antes de su muerte, Juan XXIII decía: «En el día del juicio no se nos preguntará si hemos realizado la unidad, sino si hemos orado, sufrido, trabajado para realizarla». Existe un escándalo que tenemos el deber de hacer desaparecer. En el pensamiento de la Iglesia, el diálogo con nuestros hermanos cristianos separados condiciona el diálogo con el mundo. Es preciso pensar en lo que constituye la esencia de este diálogo. Cuando se habla de reforma de la Iglesia, se trata de quinientos millones de católicos. Cuando tratamos de la unión con los cristianos, tratamos de tres a cuatrocientos millones de cristianos. Cuando llegamos al diálogo con

los no cristianos, hablamos de dos millares de hombres de hoy y de tres o cuatro de mañana.

Esto explica la angustia de los Padres. Pío XI había pronunciado esta frase: «Ante el pensamiento de este millar de infieles. Nuestro corazón no tiene descanso». En la hora actual, la Iglesia se inquieta por esta masa que queda fuera.

Una de las gracias concedidas por el Espíritu Santo a su Iglesia durante este Concilio es una conciencia más profunda de su «vocación misional, que es esencial para ella, y que consiste, de acuerdo al mandato recibido, en anunciar audazmente el Evangelio a todos los hombres».

Esta acción misional exige una presencia de la Iglesia en el mundo. En un principio, al menos, tomará la forma de un diálogo análogo al entablado con los hermanos separados.

Pero lo que caracteriza el Concilio es lo que atañe a la actitud pedida a los católicos para entablar y proseguir este diálogo: una actitud de simpatía, de fraternidad. Todos los hombres son hijos de Dios. Una actitud de respeto, de estimación de los valores religiosos, espirituales, humanos, que encierran estas civilizaciones y religiones, valores que la Iglesia pretende respetar y servir. Una actitud de servicio: la Iglesia está hecha, no para dominar, sino para servir a las naciones en las cuales el plan de Cristo corresponde a una aspiración sincera, aun cuando no sean perfectamente conscientes de ello. Una atención particular para con los más pobres; la Iglesia sabe que tiene un deber especial para con los países en vías de desarrollo. «Este Concilio estará caracterizado por el amor», ha dicho Pablo VI.

Para terminar, evocaré una intervención del cardenal de las Indias, durante la primera sesión del Concilio. Es significativa en cuanto al aporte, muy notable, de los obispos de África y de Asia, que participan por primera vez en el Concilio Ecuménico y traen a la Iglesia una nueva juventud. Se discutía un primer esquema sobre la Iglesia, redactado de acuerdo a una teología muy jurídica. Había un capítulo especial, titulado: «Del derecho de la Iglesia para anunciar el Evangelio a todos los pueblos». El cardenal Garçias, muy alto, muy delgado, llega al micrófono y dice en sustancia: «Venerables Padres, créanme, no tengo ninguna necesidad de volver a casa con una carta que afirme los derechos de la Iglesia. Si bien ustedes viven entre pueblos cristianos, yo pertenezco a un pueblo donde los cristianos son una pequeña minoría. Si me presento a los jefes de mi pueblo diciendo:

«Tengo derecho a anunciarles el Evangelio», me responderán cortésmente: «Muy bien, pero vaya a anunciarlo a otra parte; nosotros no lo necesitamos». Lo que me hace falta es un cargo que me ponga al servicio de mi país, de sus valores espirituales, de su civilización. No necesito que afirmen mis derechos, sino que me presenten como un servidor. Entonces tendré posibilidad de ser acogido y de poder anunciar el Evangelio de Jesucristo». Todos los Padres aplaudieron. Fue uno de los momentos directivos del Concilio: la Iglesia decidía presentarse al mundo como una Iglesia servidora y pobre.

¿Será preciso subrayar los rasgos comunes de esta espiritualidad y la del Hermanito universal? El también quiso estar presente ante los hombres, presente entre los más pobres, entre todos; él tuvo una actitud de humilde respeto, quiso ser el Hermanito universal. Apreció todas las riquezas humanas que Dios ha dispensado a los pueblos entre los cuales vivió. En verdad, se hizo servidor de todos. Todo su comportamiento en Palestina y, más aún, en Beni-Abbès y Tamanrasset, me parece ilustrar perfectamente la actitud que la Iglesia quiere tomar frente a los pueblos que ignoran el Evangelio. Se hizo pobre y servidor, tal como la Iglesia quiere ser pobre y servidora, para imitar a Nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre para servir.

Llamados a seguir los pasos del hermano Carlos, ustedes tienen el deber de emprender generosamente el camino misional abierto por el Concilio y dentro del espíritu que necesita para este diálogo con el mundo. Para los laicos, esto exigirá normalmente, tal como lo dirá el decreto sobre apostolado de los laicos, un compromiso apostólico y un compromiso temporal, en la medida de cada uno, en la línea de las encíclicas «Mater et Magistra» y «Pacem in terris», que pronto precisará el decreto sobre la «presencia de la Iglesia en el mundo moderno». Habría que desarrollar extensamente esta consigna. Los obispos lo harán a su regreso de Roma, con las precisiones adaptadas a cada país.

Ya que esta asamblea se terminará en la fecha de la Asunción, les invito a revisar las diferentes partes de nuestra exposición en el curso de los próximos días, en la contemplación de la Santísima Virgen, figura de la Iglesia.

MONS. DE PROVENCHÈRES
9 de agosto de 1964.

MÁRTIRES CONTEMPORÁNEOS

Oí en la radio la presentación de un nuevo libro del periodista y escritor Fernando de Haro que lleva por título “Cristianos y leones”.

Una afirmación recorre todo el libro: la constatación de que actualmente los cristianos son el grupo religioso que sufre la mayor persecución en el mundo. Las documentadas páginas hacen un estremecedor repaso a la persecución de los cristianos en el mundo cifrando en un mínimo de cien mil cristianos asesinados al año. Naciones como Pakistán, Siria, Iraq, Egipto, Turquía, China, India, Venezuela, Nigeria, y otras tantas, son lamentables ejemplos en la actualidad de falta de libertades y de descarada persecución a los cristianos de tal suerte que los inicios de este siglo sean los más sangrientos en cuanto a persecuciones y muertes de los dos milenios de cristianismo. La persecución religiosa en la actualidad es una de las mayores tragedias de este comienzo del siglo XXI

Las páginas del libro, recomendamos su lectura, están plagadas de relatos de hombres y mujeres que sufren atentados, que tienen que dejar sus casas, que saben que van a morir. Son fieles, son pacíficos. Son, en muchos casos, pobres de solemnidad, pero son grandes.

Vuelvo mi recuerdo a Egipto y a los cristianos coptos perseguidos para revivir con gratitud cuanto aprendí durante el mes que compartí con ellos la fe y la vida en noviembre del año 2000 con motivo de mi participación en la asamblea mundial de la fraternidad sacerdotal “Jesus Cáritas”. Cuántas historias y calamidades pude oír y tocar de la mano de mi buen amigo el obispo copto católico Paul Antaki y los sacerdotes que me acogieron. Recuerdo también con especial cariño el encuentro y las atenciones del papa de los coptos ortodoxos Shenuda III, fallecido recientemente, para con todos los asambleístas. Iglesias perseguidas pero mantenidas ante las adversidades por una gran fe. En verdad, como escribía Benedicto XVI en la carta apostólica “Porta fidei” de convocatoria del pasado Año de la Fe, “por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor, con el perdón de sus perseguidores” (n.13).

Testimonios y Experiencias



«Estudiar, pensar, leer, vivir atentos a nuestro mundo, a nuestra cultura... pronunciar alguna palabra con toda la verdad que nos sea posible, seguir buscando, analizando... transmitiendo lo que nosotros hemos recibido con la peculiaridad de nuestro tiempo y la visión que este momento nos permite. Volver una y otra vez a las fuentes... Analizar aquellos fragmentos que nos sean accesibles, sin olvidar nunca que se trata de fragmentos, que solo encontrarán su sentido en la totalidad, aunque a nosotros no nos sea dada la gracia o la capacidad de generar grandes síntesis.

Humilde también para reconocer que la teología no es la última palabra; que la suya es siempre una palabra secundaria y provisional, a la que precede la Palabra de Dios, fundamento y meta hacia la que tiende. Ningún sistema teológico puede tener la pretensión de convertirse en la interpretación exclusiva del misterio inabarcable de Dios. Ninguna teología puede absolutizarse. El teólogo ha de vivir siempre a la escucha de la Palabra viva y siempre nueva de Dios. La teología tiene que vivir en esa modestia propia de toda aproximación al misterio, propia de toda palabra inadecuada y ambigua sobre Dios».

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA
INSTITUTO SUPERIOR DE PASTORAL
Recibir el Concilio 50 años después
Estella (Navarra) 2012, 205.

MONS. ANCEL, OBISPO OBRERO.
BREVE HISTORIA DE UNA GRAN AVENTURA

Sabíamos, de una manera general, lo que queríamos hacer y por qué queríamos hacerlo. Habíamos obtenido las autorizaciones necesarias. Había que comenzar.

Era preciso, primeramente, elegir el lugar de implantación de la comunidad. En una reunión con la comisión diocesana de la A.C.O. de Lyon (Acción Católica Obrera), se decidió que nos estableciésemos en el barrio de Gerland, -ubicado en el extremo sur de la villa de Lyon en la orilla izquierda del Ródano; se encuentra flanqueado por el río y la vía férrea que va a Marsella-, y en una reunión con el equipo local de la A.C.O. se concretó el lugar donde estaríamos mejor situados. A principios de septiembre habíamos ya podido encontrar lo que buscábamos, y después de ciertos trabajos de acondicionamiento, nos instalamos el 2 de octubre de 1954. Nuestra residencia era la antigua casona de la fábrica de vidrio de Gerland. En la planta baja había una habitación bastante amplia: esta pieza fue acondicionada para que sirviera de cocina, de taller y de sala de reuniones. En el piso superior había un granero en el que pudimos instalar una capilla, un dormitorio y una habitación que servía a la vez de alcoba y de despacho.

Nos encontrábamos en un barrio muy populoso, situado en una zona industrial. Nuestros vecinos inmediatos en la explanada y en la calle habitaban en casas pobres. Generalmente eran obreros especializados. Pocos peones y pocos profesionales. Entre ellos había franceses y también un número considerable de italianos y de españoles. En la calle había también algunos norteafricanos con un café M.N.A. (Movimiento Nacional Argelino). Casi no había cristianos practicantes; solamente dos mujeres.

Nos instalamos muy sencillamente, como lo habría hecho una familia obrera, y comenzamos a vivir la vida obrera, sin más, a sabiendas de que tendríamos mucho que aprender si queríamos verdaderamente introducirnos en el mundo obrero.

Durante el primer período de Gerland (1954-1959), tuve casi siempre conmigo dos sacerdotes y dos hermanos legos. Como no se me autorizó a trabajar en una fábrica o taller artesano, por lo que a mí afecta, busqué trabajo que pudiese hacer en casa. Después de algunos ensayos, que me hicieron conocer los irrisorios salarios con

los que pese a las prescripciones legales han de contentarse la mayoría de los trabajadores a domicilio, pude encontrar un trabajo suficientemente retribuido. Se trataba de un trabajo preparatorio para la fabricación de muelas en tejido (discos). Cada semana consagraba un cierto número de horas al trabajo, según mis posibilidades y me pagaban a destajo. Yo no era, pues, artesano, sino asalariado. Es una forma de trabajo que confiere una libertad muy grande desde todos los puntos de vista; desde el punto de vista legal este trabajo es completamente regular y da derecho al Seguro Social.

Ninguno de los sacerdotes pudo jamás trabajar en una fábrica. Las prescripciones a las que estaban sometidos por las decisiones de la Santa Sede, no lo permitían. Por eso hubieron de trabajar en pequeñas empresas en donde podían más fácilmente aceptar estas condiciones. Poco después, pudieron aprovecharse de una interpretación más amplia referente al trabajo en la artesanía propiamente dicha. En todo tiempo hemos dado cuenta con exactitud al Santo Oficio de cuanto se refería a nuestro modo de trabajar.

Los dos hermanos trabajaban en una fábrica toda la jornada. Para hacerlo no tenían necesidad de autorización especial. Siendo como eran miembros laicos de un Instituto secular, podían, en efecto, ejercer toda profesión compatible con su consagración religiosa.

Pero no basta con estar presente en un barrio y trabajar allí manualmente para que se establezcan de inmediato los contactos. Por otra parte tampoco nosotros habíamos querido actuar a la manera de un sacerdote de la parroquia que va a girar una visita a sus feligreses. Nosotros nos prohibimos todo contacto que no fuera natural y aceptamos todos los plazos que fueran necesarios para ello. Esta manera de obrar se nos imponía en razón del especial apostolado que debía caracterizarnos.

De hecho, tuvimos que esperar tres semanas para que se produjera la visita de un vecino. No nos encontrábamos con la gente, sino en la calle, en el trabajo o en los almacenes. Diversas circunstancias (entre las cuales podemos señalar las inundaciones de enero de 1955) nos dieron oportunidad para ir a casa de unos o de otros.

Para ser adoptados verdaderamente por el barrio fueron necesarios tres años. Y sólo después de tres años supimos hasta qué punto habíamos sido espiados en todo lo que hacíamos y en todo lo que decíamos. La gente se preguntaba cuáles serían nuestras

intenciones y qué cosa veníamos a hacer. Se había hablado de un “comando” del Vaticano y de una metástasis o intento de que proliferaran en la clase obrera células extrañas a ella.

Al mismo tiempo comenzábamos, según las circunstancias, a realizar algo de apostolado entre los no-cristianos adultos. Poco a poco, cierto número de obreros no practicantes pero abiertos al cristianismo, adquirieron el hábito de venir a la comunidad. Primero acudían de una manera individual y nosotros no queríamos reunirlos antes de que ellos mismos lo pidiesen. Para esto fue necesario esperar largo tiempo.

Por fin se nos presentó una ocasión. En noviembre de 1957, el cardenal Gerlier vino a hacernos una visita, como tenía por costumbre cada año. Nosotros lo hicimos saber a nuestros amigos; teníamos, en efecto, la impresión de que había llegado el momento de preparar un encuentro especial con la Iglesia representada por el arzobispo de Lyon. Vinieron casi todos y quedaron verdaderamente contentos de haber podido “discutir” con él diciéndole todo lo que ellos tenían en su corazón.

Al acabar esta reunión, ellos mismos pudieron volver a reunirse de cuando en cuando para poder “discutir” todas estas cuestiones.

Las reuniones se hacían de un modo bastante irregular y con ocasión de acontecimientos que preocupaban al mundo obrero en general o a la gente del barrio en particular. Paulatinamente, estas reuniones fueron preparadas y llevadas un poco a la manera de la A.C.O. Uno de los sacerdotes de la comunidad el papel de consiliario.

No nos extenderemos más en detalles sobre estos hechos. Simplemente diremos que tuvimos la alegría de preparar para su primera comunión a dos miembros de este pequeño grupo. Otros, sin ir tan lejos, comenzaban a orar o incluso venían ocasionalmente a misa. Dos de ellos adquirieron más profunda conciencia de las exigencias de su cristianismo y forman parte actualmente de un equipo local de A.C.O.

Además de esto, nuestra pequeña comunidad empezaba a ser un centro de irradiación cristiana cuya amplitud nos resulta imposible determinar; se convertía al cabo, para muchos, en un signo verdaderamente perceptible de la presencia de la Iglesia en el mundo obrero.

¿Qué hubiera llegado a ser este apostolado si hubiera podido prolongarse por más largo tiempo? Sólo Dios lo sabe. Pero la decisión del Santo Oficio de 1959 fue un golpe muy duro.

Ciertamente, nosotros no debíamos abandonarlo todo; por el contrario debíamos continuar nuestro esfuerzo y ello en una obediencia total a esta decisión de la Iglesia que nos manifestaba la voluntad de Dios. Sin embargo, era obligado comprobar que la cesación del trabajo de los sacerdotes mermó con mucho sus posibilidades apostólicas. Toda la comunidad ha sufrido profundamente por ello. A esto es preciso añadir que le resulta muy difícil a un sacerdote modificar repentinamente la forma de su apostolado.

Actualmente los dos sacerdotes que formaban parte de la comunidad tienen una nueva función apostólica y la comunidad se ha renovado completamente. Sólo ha quedado uno de los antiguos hermanos. Con él hay un nuevo hermano que ha trabajado ya en una fábrica y un sacerdote que trabaja algunas horas en casa, al tiempo que se ocupa de la animación espiritual de la comunidad, así como de su integración en la parroquia y la Acción Católica.

Por lo que a mí respecta, en el marco general de las decisiones de Roma, he debido interrumpir definitivamente mi trabajo. Ciertamente el Santo Oficio de modo explícito me ha autorizado para residir en Gerland; pero ya casi no me es posible hacerlo de una manera habitual, dado que no trabajo ya manualmente. No obstante me esfuerzo en permanecer con la comunidad en contacto regular.

De todo corazón, esperamos que incluso con posibilidades muy menoscabadas, podremos reemprender nuestra marcha hacia adelante desde el punto de vista de la presencia en el mundo obrero y desde el punto de vista apostólico.

Ponemos toda nuestra confianza en la obediencia a la Iglesia: “Pero, por Tú palabra, echaré las redes” (Lucas, 5,5).

Mis cinco años de obispo obrero.
Estela. Barcelona

CURAS DEL POSTCONCILIO MIRADA DE UNA SEGLAR

Si nos preguntaran a un grupo de personas, de forma aleatoria, nuestra opinión sobre los sacerdotes, probablemente las respuestas fueran muy distintas dependiendo de la experiencia personal que cada uno tenga, o haya tenido, fruto de su relación con algún sacerdote, en particular, o bien, con los sacerdotes en general, o tal vez, e incluso la no relación con ninguno de ellos, por lo tanto, las respuestas podrían ir desde la más fiel defensa, hasta el rechazo más absoluto, por desconocimiento. Por otra parte, no resulta raro escuchar eso de “yo creo que debe de haber Algo, pero no creo ni en los curas, ni en la Iglesia”.

En estos casos, en los que se presenta la realidad de forma distorsionada, como una realidad dividida e incompleta, de la que la resultante es la separación entre “curas”, “Iglesia”, y Dios”, podría deducirse que forman parte de realidades diferentes, en las que cada una de esas realidades, estaría metida en compartimentos estancos, se aceptaría una, pero no las demás, claro está, que la falta de formación teológica, o la simple ignorancia, conduce a ello, sin ánimo de ofender a nadie.

¿Qué es para mí un cura, de los de ahora?

Un cura, es algo complejo de definir, y no es por la tarea que desempeña, que ya la considero bastante complicada, para mí, es un hombre que ha sido marcado con una señal específica y única, con una vocación especial, nada menos y nada más, que decimos que está configurado con Cristo para siempre, por eso, ellos, pueden hacer cosas que yo no puedo, por ejemplo, perdonar los pecados, entre otras muchas cosas, pero no por ello quedamos los laicos descompensados, nosotros también podemos hacer otras cosas que ellos no pueden, digamos que tenemos que ser todos un complemento dentro de la Iglesia que es solo una. Entre sus labores más significativas, resumamos tres: pastoral, evangelizadora y sacramentalizadora.

Por lo tanto, ya vamos perfilando que existe una labor pastoral que trata de cuidar las relaciones entre los cristianos, sabemos que el pastor cuida de su rebaño, no solo vigila frente a los

ataques de otros animales peligrosos, sino que especialmente lo hace frente a los ataques del “lobo” que puede herir gravemente. La labor evangelizadora, es la que vincula esa comunión interpersonal con la Palabra, la predicación de la Palabra de Dios, que es la transmisión de los sentimientos del corazón de Dios mismo hacia nosotros, por lo tanto, menuda responsabilidad; y una labor sacramentalizadora, la administración de los sacramentos, que son encuentros reales con el misterio del Dios que se da a sí mismo, perdona, y santifica.

Todo ello no está referido a una profesión, es imposible entenderlo como tal, va más allá de lo que conocemos del concepto de trabajo o del concepto de profesión, no se busca la retribución económica, la asignación mensual es de risa, y algunos, además la reparten, no es un trabajo de ocho a tres, están para cualquier cosa, durante las horas del día o de la noche; lo de los curas es una opción existencial, es una entrega permanente y total, a tiempo completo, en cuerpo y alma, y a veces, de forma inconcebible y admirable.

Bien, pero pasemos a otra cuestión, supongamos un ejemplo que se puede repetir en miles de casos reales, un sacerdote se ocupa de una parroquia, o de dos, o de tres... conozco a algunos que se ocupan de muchas más, y ese desenfreno de actividad lo realizan con distintas edades, los hay jóvenes a los que se les supone mayor fortaleza física, pero también otros que ya no son tan jóvenes, y también lo hacen, pero centrándonos en la cuestión que nos interesa, entonces, con tantas parroquias a la vez, ¿cuál es la misión del sacerdote en estos casos? ¿Se puede dedicar a las tres funciones que he señalado al principio? ¿Es un sacerdote entregado a una comunidad, o por el contrario, la impotencia de no poder atender a tantas, le hace no sentirse realizado o completo como sacerdote? ¿Hay desencanto en la labor que desempeñan?

Es obvio que la falta de sacerdotes obliga a desarrollar la figura de lo que yo llamo “el cura pacá-pallá”, van de un pueblo a otro, de misa en misa, perdiendo la cuenta de si han sido cuatro, seis o más... Tienen comuniones en un lugar, pero no se olvidan del entierro del vecino del pueblo de unos kilómetros más allá, y la boda que hay en el otro pueblo, unos kilómetros más acá, etc.

En estos casos, la figura del cura es una figura reducida, muy limitada, y yo me pregunto ¿es el cura el hombre de las misas de esos lugares en los que no puede permanecer más tiempo de lo necesario porque le esperan en otro lugar?, ¿hace él solo aquello que

no pueden hacer los demás laicos o religiosos? ¿Es esa la imagen que corresponde a un cura? ¿Su labor queda tan reducida?

Creo que no, es mucho más, pero no cabe duda que lo que se ve en estos casos, es un cura que parece incompleto, que no lo da todo en ninguno de los lugares que visita, y la verdad es que ese nivel de estrés puede conducir a ciertas alteraciones en la salud, que en la mayoría de ellos, queda resentida.

En otros casos, el ejemplo podría ser el opuesto, el cura que domina su territorio, su parcela parroquial, el exceso de la figura del cura que todo lo tiene que hacer él, que no permite nada que contradiga su opinión, su misión es decidir dentro de la parroquia, que no delega en nadie, que nadie es competente y que solo él tiene la última palabra en todo, en estos casos, los seculares estarían de sobra, no son necesarios para nada, casi que sobran porque el hombre “orquesta” toca solito todos los instrumentos, no necesita a nadie, el problema viene cuando decide repartir sus instrumentos, y ya no hay quien los quiera tocar, ¿a que conocen a alguno?

Pero todos sabemos que para que exista una comunidad eclesial, debe de haber una comunión, el sacerdote y los fieles deben de tener claro cuál es la función de cada uno, importante es también la relación entre las personas de esa comunidad parroquial, algo que, en muchas ocasiones, tampoco es fácil, ni ocurre por inercia, ni de forma automática, así que habrá que trabajar para ello, conjuntamente.

Podríamos pensar que la función de la Iglesia en enseñar la Palabra de Dios y la función sacramental, tampoco es suficiente para que se de esa relación entre todos los miembros de una comunidad, porque también sabemos que algunos solo buscan “oír misa”, pero no la relación entre personas, en buscar ese concepto de comunidad cristiana, pero igualmente nos olvidamos de que la construcción de la Iglesia está formada por personas que somos distintas y únicas, aunque imperfectas y ese grado de imperfección nos alcanza a todos, a los laicos y también a los curas.

Ahora, creo que ya me puedo centrar más en esa figura del cura, un hombre como los demás, con virtudes y defectos, ese hombre de cualquier edad, que ha elegido voluntariamente renunciar a una familia, a un trabajo en un ámbito distinto, que le ha dado importancia absoluta en mantener el corazón indiviso (recordemos que el tema del celibato despierta siempre debate), que parece que

deba de alejarse de casi todo, de atender a todos y de no tener un afecto especial por nadie en particular, según indican algunos.

La verdad es que esto último, nunca lo he entendido muy bien, ya que la amistad requiere de la existencia de relación entre dos o más personas en las que existe un ofrecimiento mutuo y entiendo que la amistad es algo fundamental en cualquier ser humano.

Es curioso escuchar a muchos sacerdotes que dicen amar a todo el mundo por amor de Dios, y eso, también es tarea del resto de los cristianos, pero yo creo que se podría plantear aquí si existe el peligro de no amar verdaderamente a nadie; y no digo que se de tal cosa, solo planteo que el distanciamiento, en algunos casos, (especialmente si la propuesta de amistad es por parte de una mujer, ¡ya se ponen algunos en guardia!), nos puede llamar la atención; la carencia frecuente del afecto, o el no saber canalizar y manejar dichos afectos, creo que podría llevar al sacerdote a situaciones de aislamiento, cansancio e ineficacia apostólica.

La experiencia de la amistad, el dar y recibir amor, es absolutamente necesaria en la vida de toda persona, para lograr un desarrollo humano normal, por lo tanto, sigo sin entender eso del “amor totalmente espiritualizado”, sin ningún componente afectivo, ni sensible. Pero yo tampoco soy una experta en el tema, es más, afirmo que la amistad es posible, y en estos casos, auténticamente desinteresada.

Mi experiencia personal, con los sacerdotes, ha sido bastante buena. Por lo tanto, no me interesan las noticias de abusos, sí las víctimas, pero esos no son los representantes de todos los sacerdotes, no me interesan los que dan malos ejemplos y son noticia por ello, me interesan los que se preocupan por los más débiles y optan por los pobres, los que creen en lo que dicen porque actúan en consecuencia, buscando justicia y proponiendo soluciones a los problemas que les rodean, no me interesan los que se distancian de la realidad viviendo en un mundo a medida, me interesan los que caminan con paso fuerte, los que tropiezan e incluso puede que se caigan, pero que son capaces de levantarse y caminar con aplomo.

En definitiva, creo en el sacerdocio auténtico, conozco a muchos que son ejemplo de ello, les admiro y les agradezco su labor.

PARROQUIAS PARA EVANGELIZAR

NACIMIENTO Y DESARROLLO DE NUEVAS COMUNIDADES



Soy un sacerdote de Almería – España - que ha tenido el honor y el reto de poner en marcha dos comunidades parroquiales de nueva creación. La primera allá por los años setenta en una comarca de agricultura en invernaderos, pionera en aquellos años en Vícar, y otra en zona de expansión de la capital en el barrio de san Luis.

Me piden que relate mi experiencia de esta segunda por estar más cercana en el tiempo. Quiero resumir la larga experiencia, para no perderme en batallas, en tres momentos, como la vida de las personas: (1) El dolor del nacimiento; (2) Las crisis de la juventud y crecimiento; (3) La serenidad de la adultez.

1. NACIMIENTO- INFANCIA

Todo un reto y una aventura poner en marcha una nueva comunidad cristiana, no porque sean recién convertidos -países de misión-, sino segregados de la parroquia madre y sin tener “jurídicamente” ningunas facultades.

¿Cómo entrar en contacto? ¿Cómo detectar y aglutinar a los cristianos mas interesados? ¿Cómo....?

Con estos y otros “comos” nos encontramos con el primer obstáculo: no tenemos donde reunirnos, no hay todavía proyecto ni presupuesto para un mínimo local de encuentro y reunión. Descubriendo que el único lugar de reunión es la Asociación de Vecinos me intereso por sus actividades, me hago socio y desde allí provocamos una asamblea para hablar sobre la posibilidad de una nueva parroquia en el barrio. Una junta gestora que salió de la asamblea dio lugar a que poco tiempo después ya tenían detectados tres posibles locales para un salón- capilla.

Con el visto bueno del párroco y el apoyo del obispado a los tres meses ya estaba el Sr. Obispo bendiciendo el local, que pasó de ser un bar en capilla y luego parroquia del barrio.

Tan deseado era el proyecto que voluntarios de distintas profesiones se ofrecieron para transformar el local aportando su

trabajo lo los fines de semana. Electricistas, pintores albañiles... aportaciones económicas.

Si fue interesante el trabajo con adultos en esta puesta en marcha del local, no deja de ser importante el trabajo paralelo que se fue haciendo con un grupo de jóvenes. Con el contacto con jóvenes en la calle, debajo de una farola interesamos a un grupo de jóvenes para reunir, aglutinar y motivar para hacer cosas juntos. Se trataba de hacer una película que respondiera a este título: El barrio san Luis ayer y hoy.

Se trataba por mi parte de ir haciendo un análisis de la realidad con el mayor número de datos posible y tener un punto de partida en la tarea pastoral. Pensando en los jóvenes, interesarlos en una tarea común de interés para ellos para que se sintieran protagonistas. Viéndonos reunidos en la calle, una familia nos ofreció una habitación en una casita que tenía vacía.

Sería demasiado largo lo positivo de esta puesta en contacto. Si puedo decir que dio lugar a un estudio sobre la problemática de los jóvenes por medio de una encuesta hecha por ellos mismos llegando a unos cien jóvenes. Las contestaciones de la encuesta dio lugar a una Asociación juvenil "El Nido". De allí surgió el coro parroquial, un grupo de catequesis de jóvenes para la confirmación y actividades culturales, recreativas y religiosas.

La puesta en marcha de la parroquia, fruto de una labor conjunta de mayores gestionando el local, dio pie a que lo sintieran como suyo, y de esta manera fueron motivados los jóvenes para colaborar en las tareas comunes junto a los demás.

Fue una fiesta y satisfacción, el día 3 de febrero del 1991, cuando pudimos reunirnos para recibir al Sr. Obispo para la bendición de la Capilla.

Hay que reconocer que el animador de esta "movida" había tenido experiencia de poner en marcha otra comunidad parroquial y había trabajado con jóvenes, durante muchos años, en la Juventud Obrera de Acción Católica.

Tiene por tanto las siguientes convicciones: (1) Que el principal protagonista en la formación de una comunidad es el Espíritu Santo; (2) Que las personas tienen muchas capacidades y por tanto hay que creer en las personas y darle protagonismo; (3) Que la cultura dominante no ayuda en la formación de la persona y de la comunidad; Que hay que crear una conciencia crítica y

conciencia social como base para una comunidad cristiana que quiera ser adulta.

2. JUVENTUD

¿Cómo ayudar a crecer en las tres bases de la parroquia: El Anuncio del evangelio; la Celebración de la fe; y la Acción Caritativo Social?

Una vez conseguida la puesta en marcha y sabiendo que todo el barrio se había enterado de la presencia de la nueva parroquia, comienza la tarea lenta del trabajo pastoral en los tres niveles de pertenencia: Intermitentes, asiduos y colaboradores directos.

En esta comunidad de unos 1500 - 2000 habitantes en su mayoría católicos, de los cuales unos doscientos acuden regularmente a los actos de culto, una treintena colaboran directamente en las tareas pastorales y el resto son intermitentes sobre todo para actos socio-religiosos.

Hay que tener en cuenta tres problemas detectados en el análisis de la realidad: Barrio eminentemente obrero de baja cualificación profesional; Bajo nivel cultural en las personas mayores; Problemas de drogadicción en los jóvenes.

La Asociación de Vecinos con quien podríamos trabajar juntos para afrontar problemas comunes, está bastante politizada por lo que hay que andar con “pies de plomo”.

¿Qué debe de ofrecer la Iglesia - Parroquia ante esta situación? Cada día que pasa se ve mas claro la importancia de la “promoción del laicado”: Laicos bien formados con una honda espiritualidad y organizados para actuar como tales en su mundo; Organizadas y con suficiente protagonismo como para que se sientan no solo colaboradores, sino co-responsables de la tareas de la Parroquia; Capaces de sumir su compromiso social como laicos en el mundo.

Los medios que promovimos principalmente fueron: La Acción católica: General y especializada del mundo obrero: H.O.A.C.; El Consejo de pastoral parroquial; Las Asambleas parroquiales.

Sería largo de explicar las acciones y las dificultades a superar, pero sí es importante citar las actitudes que nos propusimos: (1) Acogida a todos, pero en especial a los empobrecidos, débiles y enfermos; Compartir las responsabilidades

entre nosotros; Ayudar a las personas en sus necesidades pidiéndoles que den de sí, todo lo que puedan; Profundizar en las causas de los males que nos acosan para denunciar las injusticias y anunciar rayos de esperanza desde la fe en Cristo resucitado. En esta etapa hemos llegado a los 20 años.

3. MAYORÍA DE EDAD: ADULTEZ

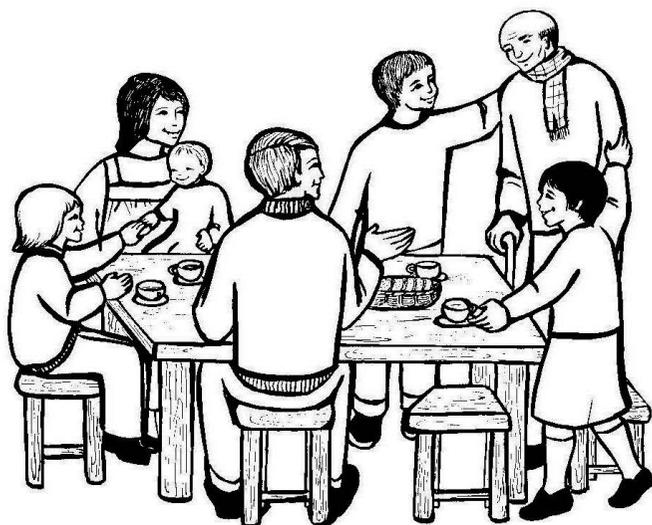
El barrio ha seguido creciendo por ser una zona de expansión de la ciudad hasta aumentar la población de dos mil a diez o doce mil habitantes. Hay que actualizar el análisis, no se parece en nada al primer barrio. Por estas fechas, después de miles de problemas superados, se pone en marcha el nuevo centro parroquial, adecuado a las necesidades de la parroquia. La celebración de la Dedicación fue en 27 de junio del 2010. Nunca nos podíamos imaginar la acogida y la colaboración económica de toda la feligresía, a pesar de ser años de plena crisis.

Podemos resaltar tres signos de madurez, que no de perfección, de la comunidad: Resultado del cultivo de las vocaciones laicales: Un grupo de seglares colaboradores y co-responsables en las tareas parroquiales; El Señor nos ha regalado una vocación sacerdotal; Tenemos bien formulado y expuesto en público el plan pastoral 2012-15 que responde a esta pregunta: *¿Hacia donde queremos ir como comunidad cristiana?* Hacia una parroquia como lugar de acogida y experiencia del Evangelio y de Celebración de la Fe. Hacia una parroquia como comunidad viva de fraternidad cristiana. Hacia una parroquia co-responsable en la acción evangelizadora. Hacia una parroquia abierta a la misión evangelizadora según la vocación de cada uno. Hacia una parroquia al servicio de la evangelización del barrio. Hacia una parroquia comprometida en la formación para la acción transformadora. Hacia una parroquia capaz de evangelizar al mundo de trabajo y a los pobres.

Tenemos como lema la definición de parroquia de Juan XXIII: “Es como la fuente de agua fresca de la plaza del pueblo, donde todos van a saciar su sed”. Siempre he pedido al Señor en mi tarea pastoral, al menos, no entorpecer la acción del su Espíritu.

JOSÉ ANTONIO FELICES ÁLVAREZ
Párroco

Ideas y Orientaciones



«Esto sitúa la recepción del Vaticano II en un umbral que abre, cuando sea posible y conveniente, a un nuevo Concilio ecuménico. Las situaciones socio-culturales se han transformado sustancialmente en el período postconciliar. La recepción del Vaticano II en un proceso acelerado de transformaciones ha ido decantando las dos coordenadas fundamentales desde las que la Iglesia tiene que pensar su futuro; las sintetizaremos en las palabras de dos protagonistas clave del Concilio y del post-Concilio: a) la centralidad de la acción misionera en sentido estricto; ya lo indicaba Congar en 1954: "Se percibirá cada vez más claramente la unidad radical del problema misionero en el mundo, y la solidaridad de todas las partes de la Iglesia en una situación misionera que la afecta en todo lo que ella es"; la misma convicción es la que nos llevaba a escribir que, en perspectiva de largo plazo, el aspecto de mayor repercusión del Vaticano II se encuentra en los números 10-14 de AG, que también han percibido algunos teólogos, como Ch. Theobald; b) el Vaticano II, observa Rahner, es la primera autorrealización oficial de la Iglesia como Iglesia mundial en cuanto tal, la cual la hace entrar en el tercer gran período de su historia; ello significa poner en el centro la predicación cristiana, la evangelización en el mundo actual como comunión de Iglesias».

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA
INSTITUTO SUPERIOR DE PASTORAL

Recibir el Concilio 50 años después

Estella (Navarra) 2012, 125.

COMUNIDADES DE ORACIÓN EN TIERRAS DEL ISLAM

Sentido de esta presencia

Empezaré por una anécdota reciente : En Roma la agencia FIDES me preguntó en qué consistía nuestra convivencia con los musulmanes en la diócesis del Sahara y yo resumí mi respuesta entorno a dos polos:

- Una presencia , digamos “activa”, más “apostólica”, en medio de ese pueblo, a través de diferentes compromisos tanto en el ámbito cultural, o en las acciones llamadas “caritativas”.
- Y una presencia más gratuita y de adoración bajo la forma de comunidades y de fraternidades de oración que viven en estrecha relación con la población musulmana que las rodea.

Cuando en 1970 llegué a Argelia por primera vez, comprobé que la prioridad de la mayoría de las comunidades religiosas o parroquiales estaba marcada por la urgencia del desarrollo, lo cual era muy comprensible en un país que acababa de acceder a la independencia. También sentía paralelamente que las comunidades musulmanas expresaban una fe sencilla, popular, enraizada en los actos concretos de la vida. En ellos era natural la dimensión religiosa y orante en lo cotidiano.

Por parte de la Iglesia, en aquel momento, el movimiento de secularización que agitaba las comunidades cristianas de Europa había atravesado el Mediterráneo e incluso yo mismo estaba muy marcado por él. Como muchos otros, estaba más preocupado de contribuir al desarrollo socio-económico del país que de estar atento a una fe que juzgaba un poco medieval, y que la ciencia, el progreso económico y el tiempo lograrían hacer evolucionar hacia una especie de secularización, como en Europa. Es cierto que la marcha forzada de los responsables políticos hacia un socialismo a lo soviético podía influir también en ese sentido. La historia con el tiempo ha corregido sobradamente esta situación. . .

Lo que llamamos Misión debía pues incluirse en la promoción del desarrollo hasta llegar a veces a confundirse con él. Decido que es mejor dedicarme a una formación profesional, tras haber pasado por el aprendizaje de la lengua árabe, tanto del árabe clásico como del dialectal, para alcanzar este cometido estudié en el PISAI en Roma y en el Centro de las Glycines de Argel.

Os diré que en ese periodo todavía no me había encontrado con las Fraternidades de los Hermanitos ni de las Hermanitas de Jesús que marcaron mi recorrido espiritual. Sólo conocía su espiritualidad a través de la vida de Carlos de Foucauld y algunos escritos suyos. Como la mayoría de los sacerdotes jóvenes de mi época, había leído y trabajado el libro del P. Voillaume “*En el corazón*

de las masas” que todo seminarista tenía en su biblioteca. Por otra parte tampoco había tenido contacto con la comunidad de los monjes de Tibhirine, especialmente el monje Christian de Chergé con quien, más tarde en 1979, fundaría el “Ribât Essalâm”, el Lazo de la Paz. De eso os hablaré brevemente más adelante.

Pero muy pronto, la duda me vino a penas percibida esa experiencia. La duda me fue provocada primeramente por una serie de acontecimientos exteriores. Las Instituciones de la Iglesia fueron nacionalizadas aquí en 1976: hospitales, escuelas, patronatos, centros de formación profesional. De pronto nuestras obras se convirtieron en “argelizaciones”. No resultaba fácil encontrar nuestro sitio en la Argelia que se iba construyendo. Y además ¿según qué modelo? A los ojos de muchos musulmanes y de las personas más influyentes del país, no era el modelo de Occidente el mejor a seguir. Y las personas permanentes de la Iglesia (religiosas, religiosos, sacerdotes e incluso laicos) se fueron marchando a ojos vista pues la gente empezó a irse de Argelia por diversas razones. Muchos se decían “ya no quieren nada de nosotros”, “ya no nos necesitan”. También hubo quienes en la corriente de secularización de los años 70 dejaron el sacerdocio o la vida religiosa e igualmente la presencia de laicos en las comunidades cristianas fue disminuyendo.

Paralelamente se iba produciendo una interiorización más profunda en algunos de los permanentes de la Iglesia que se habían quedado en el país y que no habían hecho una opción por la vida contemplativa. Nos preguntábamos efectivamente si debíamos seguir sirviendo en este país como “especialistas” del desarrollo socio-económico o cultural y continuar así nuestra presencia allí... ¿Sería ese nuestro mejor servicio a este país y a los argelinos? Poco a poco la duda se fue agrandando y la asidua llamada a la oración por parte de los musulmanes se iba volviendo como una respuesta a esa duda: ¿por qué no ser nosotros también gente de oración en medio de un pueblo orante? Pienso en la influencia que ejerció en el Hermano Carlos el hecho de ver orar a los musulmanes cuando precisamente sentía un vacío en su vida, antes de su conversión. “Ser personas de oración en medio de gente orante”. La familia espiritual de Carlos de Foucauld que estaba instalada en el país era ejemplar en esta experiencia.



Es entonces cuando, después de numerosos encuentros con el Hermano Christian de Chergé, fundamos en 1979, el “Ribât Essalâm”, el “Lazo de la Paz”, un grupo para reunirse y compartir a nivel espiritual con musulmanes y musulmanas. El Monasterio de Tibhirine era nuestro lugar de encuentro. Nuestro objetivo no era detenernos en reflexiones teológicas sobre algún tema sino compartir lo que constituía el corazón de nuestro vivir cotidiano y de nuestra oración.

Empezamos orando los unos junto a los otros y llegamos poco a poco a orar los unos con los otros. Habíamos abierto todo un camino y dos veces al año nos encontramos durante dos jornadas enteras con el fin de vivir esa experiencia, una experiencia que influye en nuestra vida a lo largo del tiempo que transcurre entre esos dos encuentros que tienen lugar dos veces al año. Eso nos lleva a un conocimiento más interior del Islam y a una lectura más espiritual de Corán que nos resuena como un eco de lo que los musulmanes del grupo nos comparten. Esa lectura estaba hasta entonces como reservada a los especialistas. Los musulmanes tenían sus Escrituras y los cristianos las suyas. La inquietud en torno a nosotros era manifiesta: ¿No corremos el riesgo de la confusión y la amalgama?

Respondiendo a esa llamada, entendía más y más el descubrimiento y la trayectoria del Padre de Foucauld en contacto con los musulmanes. El encuentro con las Fraternidades de las Hermanitas y los Hermanitos de Jesús me mostraba que su surco continuaba ahondándose. Debo además añadir que las frecuentes reflexiones intercambiadas con el Hermano Christian de Chergé, la oración compartida con una pequeña comunidad de Hermanas Agustinas que vivían en un barrio obrero de la región Mozabita alimentaban en mí sin cesar la comprensión del sentido que tenían estas comunidades orantes en el mundo musulmán. Dos años vividos en Ghardaïa y la radiante ayuda del P. Denys Pillet, hombre de gran interioridad, más otros tres años pasados en una comunidad de PP. Blancos en Touggourt, animados siempre por esa misma búsqueda, reforzaron en mí todavía más la convicción de que la presencia de estas comunidades orantes era totalmente pertinente. La cercanía de la Fraternidad de las Hermanitas en Touggourt junto al lugar de su fundación me impelía todavía más en ese mismo sentido. Ese modo de insistir en la vida contemplativa en medio del mundo musulmán venía a ilustrar lo que el Concilio había declarado en “Nostra Aetate”:

“La Iglesia mira con estima a los musulmanes que adoran al Dios Uno, viviente y creador misericordioso y todopoderoso, que ha creado el cielo y la tierra; que ha hablado a los hombres. Buscan someterse con toda su alma a los decretos de Dios, aunque estén ocultos, de la misma manera que Abraham se sometió a Dios, a quien la fe islámica se refiere con gusto” (n. 3).

¡Debo confesarles que fui «tentado» por la vida monástica! La vida monástica está claramente reconocida por el Corán:

“Constatarás que los que están más próximos a los creyentes por la amistad son los que dicen “sí, somos creyentes” porque entre ellos se encuentran sacerdotes y monjes que no se hinchan de orgullo” (V. 82).

Y también ese pasaje que procede por alusión:

“Dios es la luz de los cielos y de la tierra. Su luz es comparable a una hornacina que tiene una lámpara. Esta lámpara se encuentra en la casa que Dios ha permitido que se construyera, en la que se invoca su nombre, donde los hombres celebran su alabanza al amanecer y al anochecer...” (XXIV, 35-36).

Ante esta «tentación monástica», decidí con mis responsables darme un tiempo, el necesario para poder discernir. Durante un cursillo, medio retiro, en Jerusalén, comprendí pronto que esta vida de relación con el Señor estaba en el mismísimo centro de mi vocación misionera. Como Padre Blanco estaba llamado a seguir esa “aventura” espiritual. Hubiera quizás podido escoger la vida de los Hermanitos... no era ese mi camino. Lo he seguido pues en mi familia apostólica primera, hasta llegar a ser un “pequeño obispo” a falta de otra cosa mejor.

Orantes que testimonian. Lazo entre oración y presencia evangélica

Dejo hablar primeramente a la que la Iglesia ha escogido como «patrona de las misiones», Santa Teresa del Niño Jesús. Ella nos recuerda que la Misión es ante todo una actitud interior. Un sabio dijo: Dadme una palanca, un punto de apoyo y yo levantaré el mundo”. Lo que Arquímedes no pudo conseguir porque su petición no se dirigía en absoluto a Dios y no tenía en miras más que el nivel material, los santos lo han obtenido plenamente. El Todopoderoso les ha dado el punto de apoyo: Él mismo y solo Él; como palanca la oración que abraza con un fuego de Amor, y es así como han salvado el mundo. Es así como los santos todavía militantes lo levantan y hasta el fin del mundo, los santos futuros lo levantarán también”.

Esta reflexión es casi contemporánea del Hermano Carlos. La oración fue el fondo de su vida. Él descubrió de nuevo esa dimensión en un momento capital de su vida. Permittedme al mismo tiempo que cite también al Cardenal Lavignerie, fundador de los PP. Blancos. Esto escribía a sus Hermanos misioneros:

“Que el misionero sepa que es un hombre de oración, que está totalmente entregado a Dios, ya que es un enviado de Dios, pero sobre todo que esté siempre unido a N. S. Jesucristo en el Stmo. Sacramento que debe siempre conservar lo más cerca posible de él” (Lavigérie a sus misioneros, Textos escogidos, 134) Y en otro sitio añade: “El verdadero celo debe tener su sede en el corazón y nacer del amor a N.S. Jesucristo. Este Amor se nutre en la oración... manteneos en silencio para conservar este espíritu de oración” (o.c., 136-137).

El testimonio de los grandes hombres de oración en Argelia es muy elocuente. No solo el Hno. Carlos de Jesús, sino también el P. Peyriguère (que empezó su experiencia de vida junto a Ghardaia), la Hermanita Madeleine, Carlo Caretto, el Hno. Ermete y tantos otros, aquéllos y aquéllas que viven en el corazón de los conglomerados humanos o en el desierto cara a cara con Dios, especialmente en la adoración eucarística y siempre en el espíritu escondido de Nazaret.

La oración auténtica es un testimonio del absoluto de Dios. Lo es más aún en tierras del Islam donde la adoración al Dios Único y Misericordioso nos pone directamente en sintonía con aquéllos y aquéllas con los que vivimos. Un día que me dirigía en autobús a In-Salah para visitar a las Hermanas Maristas, el autobús se paró, era la oración del atardecer (tras la puesta del sol). Mi vecino me pregunta si también yo voy a bajar. Le contesto que soy cristiano y que ya he rezado. Sin hablar más, baja y va a hacer su oración, Al volver al autobús me dice “si yo hubiera empezado a orar en el momento de la creación del mundo ... y tú solo hubieras empezado a orar esta mañana, Dios habría recibido tu oración antes que la mía” ... Sin más palabras, se puso bien la capucha y se durmió... Ya tuve tema de meditación para toda la noche de viaje. La oración, sea cual sea, constituye un patrimonio común, más allá de las formas que pueda tomar. A la vez que acto gratuito de adoración y de Amor “solo en vistas a Dios”, el que ora y la comunidad orante se convierten en un testimonio vivo de que Dios es el Centro de toda vida: “donde está tu tesoro allí está tu corazón”. La oración no es “un medio de apostolado”, es gratuita por sí misma, testimonia la grandeza de Dios. La oración más oculta tiene un valor en sí misma.

“Tú, cuando reces, entra en tu habitación, cierra la puerta y reza al Padre que ve en lo secreto” nos dice Jesús (Mt 6,4-6) En el país donde se oye cinco veces al día la llamada a la oración para convocar a los creyentes al rezo y a la adoración, ¿podríamos ser nosotros los últimos en oír esta invitación? Con mucha frecuencia

he leído en la cara de los amigos musulmanes la sorpresa que les causa descubrir que los cristianos somos también hombres y mujeres de oración. En nuestras comunidades y fraternidades, los tiempos de nuestra oración son respetados por nuestros amigos musulmanes; evitan visitarnos a esas horas si conocen nuestros horarios.

En las conversaciones de “tú a tú” con Attia, el jefe del grupo de los “Hermanos de la montaña” como les llamaba Fr. Christian, le explicó que la Comunidad monástica se estaba preparando para celebrar con la oración la fiesta de Navidad, el nacimiento del Príncipe de la Paz, y Attia, el jefe, se excusó “Perdóneme, yo no lo sabía”.

Escuchad lo que escribió, un poco antes, el 27 de Octubre de 1994, Saïd Mekbel, un periodista argelino cuando acababan de ser asesinadas dos religiosas españolas cuando iban a misa:

“Desde el domingo el pensamiento no deja de girar en torno al asesinato de dos religiosas españolas. ¿Cómo y por qué? ¿Cómo se puede disparar a dos mujeres? ¿A dos religiosas, dos criaturas de Dios que en su Día del Señor, iban confiadamente a rezar al Creador?”

¿Por qué iban? Seguramente porque querían dar gracias al Señor por haber cuidado a los nuestros durante años; por haber curado a algún miembro de nuestra familia, reconfortado a un vecino...¿Quizás éste se encuentra entre los asesinos? ¿Alguien sabe de qué se alimenta esta salvaje locura asesina? ¿Para agradecerse lo quizás? ¿Por haberse quedado aquí a pesar de las recomendaciones y consejos recibidos, en ese país del cual nosotros, argelinos, desertamos bajo la presión del terrorismo y del desasosiego?”

Dos mujeres que caminaban hacia Dios para pedir su gracia. Iban, sin duda, con sus oraciones por nosotros, desgraciados argelinos sometidos a las mareas. Quizás las echaremos de menos mucho tiempo a esas religiosas que deseaban que la balanza se inclinara del lado de la paz y la misericordia... ¿Hacia que mundo tenebroso andamos, nosotros que solo soñamos tener luz” (Saïd Mekbel, *Ce voleur que...*, 335). A ese periodista lo asesinaron pocos días después de la aparición de esta nota.

Más que a cualquier otro modo de presencia, los musulmanes son sensibles a nuestra vida de oración. Con frecuencia nos piden que oremos por ellos. ¡Y nosotros también podemos pedirles que oren por nosotros! La oración es un lugar de encuentro porque es una experiencia común que podemos compartir. Es una ocasión normal que nos lleva a un compartir entre creyentes, sobre la base de nuestra propia fe; sobre la vocación “vertical” de la persona humana. El intercambio puede hacerse de la misma manera que Cristo dice cuando encuentra y habla con la samaritana: lo

esencial no es orar así o asá, aquí o allá sino que consiste en ser adoradores en espíritu y en verdad. Se trata de compartir el fruto de la presencia del Espíritu. Tras el encuentro discutible de Asís en 1986, Juan Pablo II dirigió estas reflexiones a los Cardenales de la Curia Romana:

Recordemos, efectivamente, que es el Espíritu Santo, presente en el corazón de todo hombre, quien suscita toda oración auténtica. Eso es lo que se ha visto en Asís: la unidad que de hecho proviene del hecho de que toda persona es capaz de orar, es decir, de someterse totalmente a Dios y de reconocerse pobre ante Él. La oración es un medio para realizar el designio de Dios entre los hombres (Cf Ad Gentes n° 3)". (*Discurso a la Curia* 22 Diciembre 86)

La Oración como testimonio evangélico

En el contexto de nuestra presencia en tierra musulmana pero, por supuesto no solo en este contexto, la oración se sitúa también como testimonio evangélico. Es parte integrante de él. No es un carisma que debería ejercerse aparte del testimonio. Tampoco tiene sentido pensar que, como nosotros no podemos evangelizar con la palabra en un país del islam, la vida de oración viene a ser como una actitud de espera, de "pre-evangelización", eso por tomar un término clásico que por suerte se usa cada vez menos. La oración nos convierte en testigos del Evangelio. No enseño nada.

La Iglesia necesita dotarse para revelar el rostro de la caridad de Cristo, de un cierto número de obras diversas. Desde los comienzos de la Iglesia, ésta ha tenido que organizarse: hay que ir al encuentro de los pobres del mundo; dejarnos interpelar por ellos y dar respuesta modestamente según nuestros medios. De hecho en nuestra diócesis, como en las otras, de Argelia o de donde sea, suscitamos acciones en favor de la promoción femenina, de los discapacitados, de los niños, de la cultura. Pero no somos una ONG, bien lo sabe la gente y nuestro Papa Francisco lo ha recordado desde el principio de su pontificado. En Argelia hemos sufrido un despojamiento progresivo: poco a poco el Estado ha tomado a su cargo los diferentes sectores de la sociedad. En eso hemos encontrado la ocasión de tener una presencia más auténtica, más pobre, más evangélica; en fin hemos encontrado la posibilidad de acercarnos a la gente con "las manos vacías".

No tenemos ningún mérito por nuestra parte; la historia nos ha llevado a eso. No perdamos la ocasión de mostrar por fin el rostro de una Iglesia, pobre, servidora y orante, que responde también como puede a las llamadas de los más necesitados. De eso no podemos evadirnos, y nuestra oración da más sentido a nuestro compromiso con ellos. Es una suerte que tengamos este Papa que quiere reconciliar la Iglesia con el mundo de los

más pobres. El nombre que ha escogido, Francisco, todo el mundo coincide en decir que es todo un programa que ha querido indicar detrás de esa figura simbólica y elocuente para el mundo entero. No hay mejor alianza que la de la oración y la pobreza. Ciertamente no podemos sospechar a qué nivel y cómo ese tipo de presencia es una mediación “sacramental” entre los hombres y mujeres a los que estamos enviados. Lo que es cierto es que si no estuviéramos ahí le faltaría algo esencial al Reino. La levadura no estaría en la masa. Los hombres y mujeres que oran son el signo de la lámpara encendida; no pueden menos que glorificar al Señor que es “La Luz del cielo y de la tierra” (Corán s.24). En lo profundo de ese misterio estamos convencidos de que algo acontece.

Voy a contar una pequeña experiencia significativa. Llevaba tres años enseñando en un instituto en un oasis del Sahara. El Director era un imán voluntario de la mezquita principal. Al tener que tomarme un año sabático fui a informarle “¿Lo reemplazará otro Padre?”, me preguntó, y le respondí que no faltarían profesores argelinos y que fácilmente encontraría él un sustituto. Entonces me sorprendió con su comentario: “Es una lástima. Me hubiera gustado poder continuar esa relación con la Iglesia”. ¡Que entienda el que pueda! De pronto vi como iluminarse esos tres años de trabajo en los que en apariencia nada me distinguía de los otros profesores. Detrás de mi, detrás de esa actividad corriente en un pequeño instituto se dejaba adivinar la presencia de mi propia comunidad de fe, la de la Iglesia.

El Verbo se hizo carne - Las exigencias de la encarnación

1. *Orar en lengua árabe*

El Cardenal Lavigérie exigía a sus misioneros que hablaran la lengua de los del país a donde iban y que la utilizaran incluso en su vida diaria, en sus conversaciones entre ellos. ¿En qué lengua se reza allí? Fue una de mis primeras preguntas al tener que pasar a la otra orilla del Mediterráneo. Se oraba en francés, se cantaba en francés en los lugares de culto importados directamente de Occidente. En el fondo no me desagradó demasiado. Así no tenía que hacer tantos esfuerzos lingüísticos. Nuestra Iglesia en el Magreb necesita arraigarse en el mundo en el que vive. Necesita arabizarse no solo a nivel de la lengua y la cultura sino también a nivel de la oración común. Traduciendo el Evangelio al árabe, también en tamashk. El Hermano Universal lo había entendido bien. Nuestra Iglesia tiene la suerte, al menos en Argelia, de vivir bastante despojada, lo que la hace más creíble y más evangélica a los ojos del país y de los que se fijan en ella. No quiero apretar demasiado las

clavijas pero debería convertirse un poco más, en el sentido de que fuera un poco más “árabe” o “berebere”. No está en contradicción con su universalidad. Despacio pero con determinación algunas fraternidades se han impuesto esa tarea, y no son precisamente las que lingüísticamente están mejor equipadas. Es cierto que yo mismo me he preguntado a veces si esos esfuerzos no eran verdaderamente tiempo perdido, si no era un poco artificial eso de orar en árabe ya que la mayor parte de la Iglesia no es árabe. También es lástima empobrecer las riquezas de la lengua propia y de la propia tradición religiosa. Lancé un día esta objeción a una Hermanita cuya comunidad había optado por hacer un esfuerzo respecto a la arabización de la oración en común. Y ella me respondió con mucha convicción: “Es precisamente porque este camino es el de empobrecimiento; el de despojo, de abandono de nuestras riquezas, incluso culturales y religiosas, por lo que tenemos que trabajar en esa dirección. ¿El mismo Cristo no se despojó de todo?” Interpreté esa repuesta como una notable interpelación y mis últimas resistencias se desvanecieron. Si estamos enraizados en Dios no debemos temer nada aunque lo perdiéramos todo. Y me encanta compartir en árabe la oración de la Hora Intermedia con la Comunidad de los “Padres Blancos” en Ghardaia. Nos cuesta pero progresamos y nuestra oración se une con los que se inclinan a mediodía”.

2. Una forma de rezar bien enraizada en el medio musulmán

Pienso que no es necesario adoptar en nuestro contexto la liturgia de las Iglesias de Medio Oriente cuya lengua es el árabe. En el Magreb no tenemos ni la misma sensibilidad ni el mismo contexto socio-cultural que en esos lugares. La Liturgia de las Iglesias de Oriente es anterior a la era islámica. En el Magreb tendríamos que saber innovar, dentro del cuadro de nuestra Iglesia latina teniendo en cuenta la sensibilidad religiosa en la que nos movemos. Procedemos de países y continentes diferentes. No voy a entrar en detalles, pero sí hay posibilidad de adecuar nuestro espíritu, nuestro marco de oración, de adoptar ciertas actitudes, ciertos gestos; quizás incluso de integrar ciertas oraciones, que serían el esbozo de los que otros podrán continuar después. Hace poco visité al Pastor de la Iglesia protestante de Ouargla; él es Kabil así como la mayoría de sus fieles. Él ha introducido la lengua árabe en las oraciones de la comunidad. Me comentó, tenemos que orar en la lengua de la vida de la gente con la que vivimos.

La Eucaristía en el corazón de nuestras vidas

Hay que ir más allá, profundizar más: poner la Eucaristía en el corazón de nuestra vida, como lo hizo Carlos de Foucauld. Y es así como la oración será verdaderamente crítica, es un entrar en el misterio del otro, un penetrar en su ser más profundo, una continua búsqueda de su profunda relación con Dios, un modo de captar las “semillas del Verbo” que lleva dentro de sí. Juan Pablo II recordó en su encíclica “*Redemptor hominis*” esa unión que Cristo tuvo con todo hombre. En el corazón de la Plegaria Eucarística ofrecemos la humanidad en búsqueda de Dios. La ofrecemos en Cristo que recapitula todo en Sí; ponemos esta humanidad entre las manos del Padre. De este modo la Eucaristía vivida y celebrada por una comunidad nos hace alcanzar horizontes ilimitados. El Concilio nos lo recuerda:

“Cada vez que tiene lugar la comunidad del altar, en unión con el sagrado ministerio del obispo, se manifiesta el símbolo de esta caridad y de esta unión al Cuerpo Místico sin la cual no hay salvación. En estas comunidades por pequeñas o pobres que sean, o dispersas que estén, Cristo está presente y por su virtud se constituye la Iglesia una, santa católica y apostólica”(LG 26).

La Eucaristía así celebrada es preludio de la reunión de todos los pueblos, de todas las lenguas y de todas las culturas en el Cristo total. Así es como una Fraternidad o una comunidad alcanza su cumbre en la Eucaristía celebrada para gloria de Dios y salvación del mundo y queda recapitulada toda otra forma de oración. El P. Moubarak, sacerdote libanés, decía que el cristiano era el pan eucarístico del mundo musulmán. Sin duda en la época en la que el Hermano Carlos se encontró privado de la posibilidad de la Eucaristía fue más consciente de que era él mismo quien debía hacerse Eucaristía, pan entregado por el mundo en el cual vivía. La importancia que vosotros dais a la presencia eucarística, la adoración y la celebración eucarística en vuestras Fraternidades viene de esta consciencia que tenía del lugar primordial de la Eucaristía. Ella nos pone en relación con los otros, con toda la humanidad cercana o lejana y con la Iglesia entera.

Una piedra fundamental de la oración : la palabra de Dios

Una Hermanita nos lo recordaba recientemente: “Las dos mesas, la de la Palabra y la del Pan están unidas. Es lo que Carlos de Foucauld expresaba en su deseo de que la Biblia y el Sagrario estén iluminadas con una misma lámpara”. Pienso también en el cardenal Martíni que, antes de morir había señalado la importancia de la Palabra de Dios, individualmente

y en la Iglesia. Así se expresa en una entrevista publicada después de su muerte:

“Mi segundo consejo es la escucha de la Palabra de Dios (...) Solo quien escucha esta Palabra en su corazón puede ayudar a que la Iglesia se renueve, y podrá responder debidamente a las exigencias personales (...) La interioridad de la persona no puede ser sustituida ni por el clero ni por el derecho canónico. Todos los reglamentos, leyes y dogmas se nos dan para clarificar la voz interior y ayudar en el discernimiento del Espíritu”.

La Palabra de Dios está en el centro de la vida de nuestra Iglesia. Yo resaltaría ante todo que como todos vosotros nos alimentamos diariamente de la Palabra de Dios en la liturgia eucarística. Algunas comunidades femeninas de la diócesis no tienen la posibilidad de tener la Eucaristía diaria. Pero yo sé que cada día se reúnen en torno a la Palabra de Dios para compartirla entre ellas. La Palabra ilumina su vida. Yo me atrevo a llamar eucarísticos a estos encuentros cotidianos. La mayoría de las veces comulgan también. Os aseguro que con frecuencia son esas comunidades las que viven más intensamente la Eucaristía y mejor comparten la Palabra.

Desde hace dos años estamos viviendo una experiencia en la diócesis y es la de leer comunitariamente a lo largo del año la Palabra de Dios. El año pasado reflexionamos sobre algunos capítulos del Éxodo y este año hemos escogido los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles. La lectura del Éxodo nos ayudó a darle un sentido a nuestra marcha común, nuestra vida de Iglesia en medio de este pueblo. La lectura del libro de los Hechos, nos ha hecho caer en la cuenta de que, en el fondo, la Iglesia siempre es principiante y que la experiencia de la Iglesia primitiva nos interpela también hoy. Ella vive bajo el impulso del Espíritu, experimenta el primer desafío: pasar de una cultura a otras, tiene en cuenta las pobreza de su tiempo. Esta lectura se hace o personalmente o en las pequeñas comunidades locales o bien en los “sectores diocesanos” que permiten encuentros más numerosos. Y consagramos una asamblea diocesana al año para recoger juntos las conclusiones de esta lectura del año. La “Lectura comunitaria” constituye un factor de unidad en todas partes; da sentido a nuestra “peregrinación” diocesana. Eso nos une fuertemente en la gran dispersión en la que vivimos. Nunca terminaremos de beber en la fuente de las Escrituras, tal como escribía san Efrén de Nisibe en el siglo IV:

“¿Quién es capaz de comprender toda la riqueza de una sola de tus palabras, oh Dios? Lo que comprendemos es mucho menos de

lo que no captamos, como ocurre cuando sedientos vamos a beber a una fuente (...) Quien tiene sed, se alegra al beber, pero no se entristece por no ser capaz de agotar la fuente (...) Da gracias por lo que recibes y no murmures por lo que ha quedado sin utilizar. Lo que hayas bebido y te hayas llevado es lo tuyo, pero lo que queda es también tu herencia”.

¡No os he dado ni siquiera una cita de los escritos de nuestro querido bienaventurado Carlos! Es todo un reto en nuestro contexto. También os digo que no quería arriesgarme a hacerlo. Pero me gusta apuntarme a vuestra enseñanza. Para eso he venido, y como se me ha pedido tomar la palabra la he cogido como al bies, de otra manera. Espero que os hayáis reconocido en ella. No necesito convencerlos de que debéis continuar siendo lo que sois, en la diversidad de vuestras diferentes vocaciones.

Es lo mejor que podéis aportar a la Iglesia universal. Es también lo mejor que aportáis a la pequeña Iglesia del Sahara que guarda el mensaje del Hermano Universal.

Es también lo mejor que aportáis al encuentro y al diálogo de la vida entre cristianos y musulmanes. El mensaje de Amor que lleváis va más allá de cualquier frontera, sea geográfica o religiosa.

Este Amor es tan fuerte que “sacraliza” a toda persona. ¿Qué es lo que más nos une a cristianos y musulmanes? ¿Más allá de nuestras respectivas Escrituras y de todas las legítimas interpretaciones que podamos hacer de ellas? El mayor punto de convergencia y de encuentro entre nosotros ¿no es nuestra común humanidad? Nuestras Escrituras respectivas nos enseñan el carácter sagrado de todo ser humano. A eso debe llevarnos toda lectura y toda interiorización de la Palabra de Dios. No hace muchos días que visité a un musulmán que vive en un pequeño oasis del Sureste. El ha fundado una Asociación para la defensa de los ciudadanos. Hablando de sus más profundas convicciones, sobre el carácter sagrado de toda persona, me decía: “Una sola persona vale más que la Kaaba”.

Todavía no he citado al Hermano Carlos, pero no obstante lo haré al terminar: “Una sola alma tiene más valor que toda Tierra Santa entera y que todas las criaturas irracionales juntas”. (Citado por Michel Lafon *Prier 15 jours avec Charles de Foucauld*, 65)

Ya lo dijo Jesús a la samaritana cuando afirmó que había llegado la hora en la que los adoradores adorarían en espíritu y en verdad (Jn 4,23). La meditación de la Palabra de Dios, ¿No nos lleva claramente a eso?

+ CLAUDE RAULT

MI TESTIMONIO, CON TRES SÍMBOLOS: PALABRA, CASA, PAN

La cena tiene tres símbolos fundamentales: La Palabra de los comensales, la Casa donde se cena, y el Pan (el alimento) que se come. Con estos tres símbolos quiero testimoniarles cómo entiendo, cómo vivo y cómo deseo vivir el ministerio episcopal que se me ha confiado.

1. LA PALABRA

La palabra en la cena

En una cena familiar, en una cena de amigos podrán faltar cosas pero no puede faltar la palabra. Palabras de bendición a Dios por la vida, el amor, la comida. Palabras de satisfacción por los alimentos degustados. Palabras de intimidad.

La Palabra de Jesús

¿Y las palabras de Jesús? Jesucristo es la Palabra humana de Dios Padre. Cuando el Padre nos quiso hablar a lo humano lo hizo por medio de las palabras de Jesús. El Jesús de los Evangelios no es un eremita retirado y callado. Jesús platica y enseña, de persona a persona, en pequeño grupo, a las multitudes.

Pero sus palabras no estaban vacías, huecas; no eran formales ni falsas. Eran palabras de verdad, de vida, de salvación. Sus palabras perdonaban, sanaban, consolaban, denunciaban.

Y adquirirían una especial compasión, cercanía, ternura e intimidad en las cenas o comidas. En cierta ocasión, “le invitó un fariseo a comer con él, y entrando en su casa se puso a la mesa. Y llegó una mujer pecadora que había en la ciudad. Se puso detrás de Jesús, junto a sus pies, llorando, y comenzó a bañárselos con sus lágrimas y los enjugaba con sus cabellos y los besaba, y los ungía con unguento” (Lc 7,36-38). Y ante el asombro del fariseo, Jesús dijo: “¿Ves a esta mujer? Le son perdonados sus muchos pecados porque amó mucho” (Lc 7, 44-47). Y en la Última Cena con sus discípulos, Jesús les abrió el corazón, se turbó por la traición de Judas (Jn 13,21), los llamó amigos (Jn 15,15), rogó por ellos al Padre (Jn 17, 9), les dijo que los amaba como el Padre le amaba a Él (Jn 15, 9) y les prometió el Espíritu de la verdad (Jn 14, 16-17 y ss), para que iluminados por Él pudieran llevar sus palabras y sus enseñanzas a toda criatura.

Mi ministerio de la palabra

En este “ministerio de la Palabra” me hormigúean algunas preocupaciones.

• Primera preocupación

¿Cómo hablar si no estoy a la altura del mensaje? ¿Cómo anunciar la Palabra si no vivo lo que predico? No quiero ser un charlatán de feria ni un anunciador de productos religiosos, ni siquiera un buen orador. Les confieso que la palabra predicada ha sido siempre para mí una exigencia interior de vida. Mi conciencia no aguanta la incoherencia excesiva entre palabras y obras.

Quiero que mi palabra sea la del testigo, la de quien ha visto y oído y vivido, no la del que repite lo aprendido o simplemente habla por oficio.

• Segunda preocupación

Quiero hablar de manera que me entiendan. ¿De qué sirve hablar tan complicado que dejemos a los oyentes con “la boca abierta” de admiración pero sin entender nada? “¡Qué bien habló el padrecito!” Y, “¿qué dijo?” “No sé, pero habló lindo”.

Jesús, la Palabra, la Sabiduría del Padre hecha hombre, podía haber hablado “complicado y elevado”. Sin embargo habló con lenguaje sencillo, claro, incisivo, sugerente. “Jesús expuso todas estas cosas (del Reino de Dios) por medio de parábolas a la gente, y nada les decía sin utilizar parábolas” (Lc 13,34).

Yo quiero que mi enseñanza sea entendida por todos, por los letrados e iletrados, por los cultos y sencillos. ¿Lo he logrado?

• Tercera preocupación

¿Convencer o conmover? Somos un pueblo emotivo. Por tanto hay que llegar al sentimiento. Pero estamos necesitados de conocimiento y convicciones. En consecuencia hay que ofrecer contenidos, verdades fundantes.

Por formación y cultura europea me gusta y quiero el pensamiento claro y ordenado. Por inculturación hondureña he aprendido la importancia de la fibra afectiva.

Teniendo esto en cuenta, he procurado en mi predicación y enseñanza dar contenidos, verdades, con claridad y con orden. Y al mismo tiempo, hacerlo, no de una manera fría, aséptica, sino con convicción, con calor, con fuerza a veces.

Éste es mi criterio y método: ni ideas sin sentimiento, ni sentimiento sin ideas, sino palabras que convezan y conmuevan.

Y las palabras que más conmueven son las dichas con amor y afecto para ofrecer consuelo y esperanza, ánimo y ganas de vivir. Hay mucho sufrimiento y decepción. Y escucho las palabras del Señor: “Consuelen, consuelen a mi pueblo, háblenle al corazón” (Is 40, 1-2).

• Cuarta preocupación.

Las palabras de esta cena son a favor de los pobres, para los proyectos sociales de la parroquia Nuestra Señora de Guadalupe. Pero no basta hablar “en nombre de los pobres” y “a favor de los pobres”. Yo quiero que hablen los pobres, que digan sus palabras, que tengan su palabra en la Iglesia.

Demos a los pobres la Palabra de Dios, sí. Hablemos a los pobres con palabras de consuelo y amor, sí. Pero dejemos a los pobres decir sus palabras y escuchemos. En ellos nos habla el Señor. Somos más fáciles en aconsejar a los pobres que en escuchar a los pobres. Y pobre no es sólo el que carece de medios. El más pobre es aquel a quien ni se le escucha. Por no tener, no tiene ni la palabra. Por no darle, no se le da ni la palabra.

Como obispo quiero decir una palabra de consuelo, vida y esperanza a los pobres pero también quiero hacer silencio y vacío en mí para escucharlos.

2. LA CASA

Comer en casa

Se puede comer (cenar) en el campo, en el restaurante; pero el lugar propio de la comida o cena familiar es la casa.

La casa, en cuyas paredes cuelgan fotografías de la familia, cuadros con emotivos recuerdos; en cuyas estancias hay utensilios usados a los que se han pegado el cariño y el tacto.

La casa de Jesús

También Jesús tuvo su casa. La Palabra eterna que estaba junto al Padre se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1, 14), con sus padres María y José, en Nazaret (Lc 2, 51). Y en la casa, ámbito de protección y de preparación, santuario de amor y de vida, taller y escuela de personalización, fue creciendo en estatura, en sabiduría y en gracia, ante Dios y ante los hombres (Lc 2, 52).

Hasta que llegó el momento de dejar la casa, no para casarse y fundar un nuevo hogar sino para comenzar su ministerio (Lc 3, 23), el anuncio del Reino de Dios y para formar una nueva familia basada, no en la carne y la sangre, sino en el cumplimiento de la voluntad del Padre que está en los cielos. Alguien le dijo a Jesús: “¡Oye!, ahí fuera están tu madre y tus hermanos que quieren hablar contigo”. Respondió Jesús al que se lo decía: “Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?”

Y señalando con la mano a los discípulos dijo: “Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de mí Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mt 12, 46-50).

Así, Jesús, a quienes dio su Palabra, les dio también casa y familia. La nueva casa familiar es la Iglesia, la comunidad de discípulos, el coro de personas que cumplen con Ella la voluntad del Padre.

Para invitar a que entraran en esta casa de la Palabra de Dios acogida y de su voluntad cumplida, no duda en entrar Él a las casas de los hombres: a casa de Pedro y Andrés en Cafarnaún. (Mt 8,14), de Lázaro, Marta y María en Betania (Lc 10, 38-39; Jn 12,1-2), a la casa de los publicanos como Mateo (Mt 9,10) y Zaqueo (Lc 19 5-7), del leproso Simón (Mt 26, 6) y del jefe de la sinagoga Jairo (Lc 8,41.51).

Jesús está en medio de esta nueva familia como el que cuida, enseña y sirve. Es al mismo tiempo hermano mayor, amigo íntimo, servidor y señor.

Mi ministerio de cuidar la casa

Como soy el mayor de los hermanos, me tocó cuidar la casa y de los hermanos. Por eso:

• Estar con sencillez y cercanía.

He querido estar en medio de esta familia diocesana con sencillez, con humildad y cercanía, como Jesús. Jesús se despojó de su rango y se hizo como uno de tantos (Fil 27). No se mantuvo distanciado sino que se acercó a todos de modo que hubo momentos que la gente lo apretujaba (Mc 5, 24.31). Se presentó manso y humilde hasta el punto que ni los niños (Mt 19,13) ni los pobres leprosos tenían miedo a acercarse (Mt 8,2).

Les digo la verdad y no miento. No tengo pretensiones de grandeza ni encumbramiento. Quiero estar con todos: arriba, en medio y abajo. Preferentemente con los de abajo y, desde ellos, con

todos. Y la dignidad episcopal no se pierde abajándose y acercándose sino que se recupera, ya que no hay mayor dignidad que el amor y el servicio al pobre.

• Padre que cuida de la casa

Quiero ser más “padre” que “Sr. Obispo” o “Excelencia”. Pueden llamarme como quieran: “padre”, “monseñor”. ¡Ah!, no me llamen “Monse”, que me suena a nombre de mujer, “Monserrat” abreviado. Pero vuelvo a recordarles que “padre” tiene un significado más bíblico y espiritual y “monseñor” un sentido y resonancia más social. El obispo es “padre” porque engendra a la fe y a la vida eterna y cuida de los hijos y de la casa que Dios-Padre le encomienda (1 Cor 4, 15).

• Dimensión fraternal del ministerio

Me atrae también la dimensión fraternal del ministerio apostólico. Jesús, en el texto ya citado, afirma una nueva fraternidad con Él y, consiguientemente, en Él. “Estos son mis hermanos”. Y lo vuelve a repetir cuando dice a Magdalena: “Anda, vete y diles a mis hermanos que voy a mi Padre que es vuestro Padre” (Jn 20, 17). Cristo es el Hermano mayor, el que ha iniciado y consumado el nuevo camino de la fe hacia el Padre, el “primero de la caravana” que, por su muerte y resurrección, lleva a la humanidad a la salvación. “Por eso, no se avergüenza de llamarnos hermanos” (Heb 2, 10-11).

Quiero acentuar esta forma de autoridad episcopal. La que se realiza como fraternidad y cercanía, como diálogo y colaboración, como caridad y servicio, como animación de las personas y promoción de los organismos comunitarios. Ustedes dirán si lo estoy haciendo así o perciben lo contrario. Decírmelo es una forma de fraternidad.

• Servidor de la casa

En el retiro espiritual del que le hablaba al principio, subrayé lo que me dice el Concilio Vaticano II, a saber, que en el ejercicio de mi ministerio tengo que comprometerme como “quien sirve”, a ejemplo de Jesús, el Buen Pastor, que no vino a ser servido sino a servir y dar su vida (Mt 20,28; Mc 45; Lc 22, 26-27) (LG 27; CHD 16). Soy “un servidor de la Iglesia” (Col 1, 24-25) a causa de Jesucristo y a imagen de Jesucristo, modelo supremo para el obispo.

La alocución del ritual de la Ordenación de obispos dice que “el episcopado es un servicio, no un honor”. Puedo añadir: es un honor cuando es un servicio. El honor de servir.

Es fácil decir esto. Además, hoy se lleva, queda bien. Pero vivirlo es “harina de otro costal”. Aquí sí que “del dicho al hecho hay gran trecho”. Yo no he sentido la tentación del orgullo sino del abandono: “no valgo, no sé, no puedo”. A veces la tensión, la impotencia, la indignidad ocupan tan amplia y vivamente el primer plano de la experiencia que pierdo la visión de conjunto y en profundidad.

Pero he de ser sincero conmigo mismo y con Dios, desenmascarar la tentación y vencerla. Rehuir este servicio sería una falsificación de la humildad y una coartada de la falta de confianza en Dios. ¿Recuerdan lo que les dije el día de mi ordenación? “No me pertenezco, les pertenezco”. Sí, la verdadera humildad y la libertad liberadora es “ser para-los demás”.

Aunque, la verdad sea dicha, debo pedirles perdón porque frecuentemente me he reservado y no me he entregado, he querido “guardar mi vida en vez perderla por ustedes y por el Evangelio” (Mt 16, 25). He protestado internamente, y a veces, hasta externamente con los más cercanos, porque no me quedaba tiempo para mí. Necesito ir todos los días a la escuela del Maestro y aprender a ser un servidor humilde, paciente y entregado.

• La casa de los pobres

Quiero que la diócesis sea la casa de todos, donde nadie se sienta extraño o advenedizo sino miembro de la familia de Dios (Ef 2,19). ¡Cuidado!, no caigamos en el pecado denunciado ya por el apóstol Santiago. «Si se fijan en el que va espléndidamente vestido y le dicen: “siéntate cómodamente aquí” y al pobre le dicen: “Quédate ahí de pie o siéntate en el suelo a mis pies”, ¿no están actuando con parcialidad y se están convirtiendo en jueces que actúan con criterios perversos?» (Sant 2, 3-4).

Hago más las palabras del Papa Juan Pablo II: “Tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan en su casa” (NMI 50).

Se sentirán “en su casa” si la Iglesia es la Iglesia “de los pobres”, la casa de los pobres, no sólo la Iglesia “para los pobres”. Y deseo “traer aquí a los pobres, a los lisiados, a los ciegos, a los cojos”, hasta que “se llene la casa” (Cf Lc 14,15-24). Mientras no sea así, me dolerá el alma.

3. PAN QUE SE COMPARTE

Pan es palabra primordial, símbolo ancestral del alimento trabajado. El “pan” es símbolo del compartir comunitario y solidario.

Si no se reparte el “pan” (los recursos, dinero, haberes) unos se hartan y otros padecen necesidad, y la injusticia se apodera de los corazones, y la mesa de la humanidad es acaparada por unos pocos “epulones” insensibles e indiferentes a millones de pobres “lázaros”.

Jesús y el pan



Jesús vio a su Madre María amasar la harina y hacer el pan en su casa de Nazaret. Encendería el horno, esperaría pacientemente a que la masa fermentara y se llevaría a la boca el pan oloroso y tierno recién hecho, dando gracias a Dios que se lo proporcionaba. Jesús creció en estatura porque se alimentó del pan de cada día.

Más adelante, en su ministerio, comparó el Reino de los Cielos a la levadura que hace fermentar toda la masa. Sentó en la gran mesa del suelo a los pobres que lo seguían y les repartió pan abundante a partir de unos panecitos de cebada, el pan de los más pobres, para que nadie pasara necesidad, como signo del amor del Padre que a todos llama a la mesa del Reino, y, en primer lugar, a los pobres.

Con el pan les daba su corazón conmovido y el amor del Padre bueno que, si cuida de los pájaros y de las flores, cuanto más de sus hijos. Era un pan que no los humillaba sino que los dignificaba y los hacía sentirse valiosos a sus ojos porque lo eran a los de Dios en Jesús.

Más aún, llegó un momento en que Él mismo se dio en el pan que repartía. En el momento solemne e íntimo, cargado de historia y de futuro, de la Última Cena con sus amigos tomó pan, lo partió y se lo dio diciendo: “tengan y coman, esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes” (Lc 22,19).

Ese gesto y esas palabras son el resumen de su existencia y la interpretación de su propia muerte, una vida entregada por amor para que todos tengan vida en plenitud (Jn 6, 51-57).

Y yo obispo, ¿cómo reparto el pan?

• **Primero, compartir los alimentos**

Les confieso que para mí es importante empezar compartiendo el “pan” (la comida) con la gente, en la casa familiar de la ciudad, de la aldea o de la colonia marginal, o en el salón de la parroquia. Me atrevo a decir que, antes de repartir “el pan de la vida eterna”, es preciso saber recibir el alimento humano de la mano de quien venga. ¡Qué importante es para mí, en las visitas a las comunidades, comer con la gente en mesa de etiqueta, en mesa renca, o en un plato desechable en el salón parroquial! Es un “signo” de comunión, de cercanía, de vida compartida. Si reparto la Eucaristía y luego marchó a la carrera sin recibir la gracia del alimento de los pobres en el día de fiesta de la comunidad, no me siento bien.

No puedo menos de recordar en esos momentos las comidas de Jesús con la gente, especialmente con “los fuera de la ley”: publicanos, paganos, pecadores, y el significado tan intenso que Él les daba como signo de la presencia del Reino, que viene como gracia para todos y a nadie discrimina.

• **“Me da lástima de esta gente... porque no tienen qué comer” (Mt 15, 32)**

A Jesús lo invitan a comer y Él también da de comer. Los cuatro evangelistas nos relatan la multiplicación de los panes para alimentar a la muchedumbre que lo sigue. Son relatos cargados de enseñanzas sobre la misión de Jesús.

Cuando leo y medito estas escenas cierro los ojos y veo a los pobres, necesitados y hambrientos de nuestras aldeas, de nuestras zonas suburbanas, de los “bordes” de nuestros ríos. Dicen las estadísticas que el 75% de la población de Honduras vive por debajo del nivel de pobreza. Y me pregunto: “¿qué siento, qué hago?” Jesús “sintió compasión” y se solidarizó con los empobrecidos, los enfermos, los agobiados y los abandonados por quienes tenían la obligación de cuidarlos y guiarlos.

Como Jesús digo: “me da lástima de esta gente”. Pero siento que con el paso del tiempo me acostumbro a esta situación y ya no me compadezco hasta el dolor, la protesta y la acción con la intensidad que debiera.

Preparando este testimonio me he acordado del examen del día de mi ordenación episcopal. Mons. Óscar Andrés Rodríguez, el obispo consagrante, me preguntó: “con los pobres, con los inmigrantes, con todos los necesitados, ¿serás siempre bondadoso y comprensivo?” y yo respondí. “Sí, quiero serlo”. Ante ustedes renuevo ahora aquel compromiso: “Sí, quiero serlo”. Quiero repartir con más solicitud el pan del amor, del consuelo, de la esperanza, del alimento. Quiero promover en la diócesis una caridad y justicia social más ardiente, más organizada y más extendida, bajo el lema: “ninguna persona sin pan, ningún pan sin compartir”.

• **Presidir y repartir con fe y sosiego**

Si no se tiene una fe viva no se valora el ministerio de presidir a la comunidad reunida para la Cena del Señor y de repartir el Cuerpo de Cristo. Consciente de que es una gracia de Dios, presido la asamblea eucarística en la catedral de san Pedro Sula, o en la iglesia de la Santísima Trinidad de Chamelecon, o en el pueblo de Jutiapa o en la aldea de Tomalá. Toda iglesia o capilla, galera o champita es digna cuando lo es la comunidad reunida.

No me gusta celebrar en mi oratorio privado, con acólito o con un grupo reducido de personas. Cuando no tengo compromisos pastorales en las parroquias y estoy en el obispado celebro en la catedral la misa de la tarde. Esto me da la oportunidad de vivir la relación “del obispo con su pueblo y de su pueblo con el obispo”, no sólo en las grandes solemnidades, sino en la vida cotidiana, en la misa diaria. Favorece una relación más personal y directa. Conozco las caras de los que frecuentan esa misa y me sé las rayas de su mano de tanto colocar en ellas el pan eucarístico. Y los fieles pueden verme a mí con ropa de diario, con el cansancio de la jornada y el humor del momento.

Y me gusta celebrar sin prisa, con sosiego, con tiempo. Lo que se hace a prisa no cuenta, no tiene valor, no se disfruta, no se saborea. Lo importante requiere tiempo. Sólo lo secundario se despacha a la carrera. ¡Cuánto me molesta la costumbre española de pedir al sacerdote “que la misa sea breve”. Y añaden: “lo bueno, si breve, dos veces bueno”. Pero después de misa, van al bar en familia o con un grupo de amigos y ahí no se mide el tiempo. Yo suelo responder: “lo bueno, cuanto más dure, mejor” (*Angelus dixit*).

• La Eucaristía y mi vida espiritual

En mi camino espiritual no busco “fuentes ajenas” a mi vocación, carisma y ministerio sino que “bebo de mi propio pozo”. El ejercicio de mi ministerio episcopal es la expresión, el medio y el ejercicio mismo de mi vida espiritual, el camino de mi santificación personal.

Repartiendo el alimento, me alimento espiritualmente; administrando la gracia del supremo sacerdocio, sobre todo en la Eucaristía, me voy llenando de gracia; haciendo vivir y crecer a la Iglesia por la Eucaristía, vivo y crezco en Cristo; entregando el Cuerpo de Cristo, me entrego a los hermanos.

Ni entiendo ni vivo mi ministerio de "repartir el pan" como una función reducida a un tiempo y a unas formas, desconectada de mi proceso espiritual y del conjunto de mi existencia. Lo que soy, como ministro de la Eucaristía, lo soy por gracia de Dios que me configura internamente me capacita para dicho ministerio y exige un modo de vida coherente con la gracia recibida y el ministerio ejercido. Carisma, ministerio y santidad se exigen y dinamizan entre sí.

Hace tiempo que ando tras la síntesis entre teología dogmática, celebración litúrgica y ministerio pastoral. La síntesis conceptual la busco en la teología espiritual. Pero la síntesis última la busco en la unidad dinámica de mi vida espiritual. De esta manera procuro hacer vida la afirmación del Concilio Vaticano II: “la eucaristía es la fuente y cumbre de la vida cristiana” (LG 11). Es la fuente y cumbre de mi vida y ministerio episcopal.

Que no falte la Palabra de Dios en la Iglesia y que a ningún pobre se le prive de la palabra.

Que la Iglesia sea una casa amplia y acogedora y que nadie carezca de hogar.

Que la Iglesia reparta el pan del amor y el Cuerpo de Cristo y que a nadie le falte el pan de cada día ni el pan de vida eterna.

Son mis deseos y mi oración.

+ ÁNGEL GARACHANA PÉREZ, CMF
Obispo de San Pedro de Sula (Honduras)

Tomado de: *Granada Misionera*. Extractó: Redacción Boletín.

140-2141 (oct. 2007) 33-44

EL PACTO DE LAS CATACUMBAS POR UNA IGLESIA SERVIDORA Y POBRE

“Nosotros, obispos, reunidos en el Concilio Vaticano II, conscientes de las deficiencias de nuestra vida de pobreza según el evangelio; motivados los unos por los otros en una iniciativa en la que cada uno de nosotros ha evitado el sobresalir y la presunción; unidos a todos nuestros hermanos en el episcopado; contando, sobre todo, con la gracia y la fuerza de nuestro Señor Jesucristo, con la oración de los fieles y de los sacerdotes de nuestras respectivas diócesis; poniéndonos con el pensamiento y con la oración ante la Trinidad, ante la Iglesia de Cristo y ante los sacerdotes y los fieles de nuestras diócesis, con humildad y con conciencia de nuestra flaqueza, pero también con toda la determinación y toda la fuerza que Dios nos quiere dar como gracia suya, nos comprometemos a lo que sigue:

1. Procuraremos vivir según el modo ordinario de nuestra población en lo que toca a casa, comida, medios de locomoción, y a todo lo que de ahí se desprende. Cf. Mt 5, 3; 6, 33s; 8-20.
2. Renunciamos para siempre a la apariencia y la realidad de la riqueza, especialmente en el vestir (ricas vestimentas, colores llamativos) y en símbolos de metales preciosos (esos signos deben ser, ciertamente, evangélicos). Cf. Mc 6, 9; Mt 10, 9s; Hech 3, 6. Ni oro ni plata.
3. No poseeremos bienes muebles ni inmuebles, ni tendremos cuentas en el banco, etc., a nombre propio; y, si es necesario poseer algo, pondremos todo a nombre de la diócesis, o de las obras sociales o caritativas. Cf. Mt 6, 19-21; Lc 12, 33s.
4. En cuanto sea posible confiaremos la gestión financiera y material de nuestra diócesis a una comisión de laicos competentes y conscientes de su papel apostólico, para ser menos administradores y más pastores y apóstoles. Cf. Mt 10, 8; Hech 6, 1-7.
5. Rechazamos que verbalmente o por escrito nos llamen con nombres y títulos que expresen grandeza y poder (Eminencia, Excelencia, Monseñor...). Preferimos que nos

llamen con el nombre evangélico de Padre. Cf. Mt 20, 25-28; 23, 6-11; Jn 13, 12-15.

6. En nuestro comportamiento y relaciones sociales evitaremos todo lo que pueda parecer concesión de privilegios, primacía o incluso preferencia a los ricos y a los poderosos (por ejemplo en banquetes ofrecidos o aceptados, en servicios religiosos). Cf. Lc 13, 12-14; 1 Cor 9, 14-19.

7. Igualmente evitaremos propiciar o adular la vanidad de quien quiera que sea, al recompensar o solicitar ayudas, o por cualquier otra razón. Invitaremos a nuestros fieles a que consideren sus dádivas como una participación normal en el culto, en el apostolado y en la acción social. Cf. Mt 6, 2-4; Lc 15, 9-13; 2 Cor 12, 4.

8. Daremos todo lo que sea necesario de nuestro tiempo, reflexión, corazón, medios, etc. al servicio apostólico y pastoral de las personas y de los grupos trabajadores y económicamente débiles y subdesarrollados, sin que eso perjudique a otras personas y grupos de la diócesis. Apoyaremos a los laicos, religiosos, diáconos o sacerdotes que el Señor llama a evangelizar a los pobres y trabajadores, compartiendo su vida y el trabajo. Cf. Lc 4, 18s; Mc 6, 4; Mt 11, 4s; Hech 18, 3s; 20, 33-35; 1 Cor 4, 12 y 9, 1-27.

9. Conscientes de las exigencias de la justicia y de la caridad, y de sus mutuas relaciones, procuraremos transformar las obras de beneficencia en obras sociales basadas en la caridad y en la justicia, que tengan en cuenta a todos y a todas, como un humilde servicio a los organismos públicos competentes. Cf. Mt 25, 31-46; Lc 13, 12-14 y 33s.

10. Haremos todo lo posible para que los responsables de nuestro gobierno y de nuestros servicios públicos decidan y pongan en práctica las leyes, estructuras e instituciones sociales que son necesarias para la justicia, la igualdad y el desarrollo armónico y total de todo el hombre y de todos los hombres, y, así, para el advenimiento de un orden social, nuevo, digno de hijos de hombres y de hijos de Dios. Cf. Hech 2, 44s; 4, 32-35; 5, 4; 2 Cor 8 y 9; 1 Tim 5, 16.

11. Porque la colegialidad de los obispos encuentra su más plena realización evangélica en el servicio en común a las

mayorías en miseria física cultural y moral -dos tercios de la humanidad- nos comprometemos:

- a compartir, según nuestras posibilidades, en los proyectos urgentes de los episcopados de las naciones pobres;
- a pedir juntos, al nivel de organismos internacionales, dando siempre testimonio del evangelio, como lo hizo el papa Pablo VI en las Naciones Unidas, la adopción de estructuras económicas y culturales que no fabriquen naciones pobres en un mundo cada vez más rico, sino que permitan que las mayorías pobres salgan de su miseria.

12. Nos comprometemos a compartir nuestra vida, en caridad pastoral, con nuestros hermanos en Cristo, sacerdotes, religiosos y laicos, para que nuestro ministerio constituya un verdadero servicio. Así,

- nos esforzaremos para “revisar nuestra vida” con ellos;
- buscaremos colaboradores para poder ser más animadores según el Espíritu que jefes según el mundo;
- procuraremos hacernos lo más humanamente posible presentes, ser acogedores;
- nos mostraremos abiertos a todos, sea cual fuere su religión. Cf. Mc 8, 34s; Hech 6, 1-7; 1 Tim 3, 8-10.

13. Cuando regresemos a nuestras diócesis daremos a conocer estas resoluciones a nuestros diocesanos, pidiéndoles que nos ayuden con su comprensión, su colaboración y sus oraciones.

Que Dios nos ayude a ser fieles

Día de desierto.

28 de agosto 2013.

*Ocre de la arena de las dunas,
reflejo del infinito.*

*Susurro del viento
y silencio abisal.*

*Escritura efímera de una brizna de hierba
juguete del viento.*

*Ondulación de las dunas
viaje sin regreso..*

*Moscas sin sentido, que insisten
y te chupan.*

*Quemadura ardiente
de un sol devorador.*

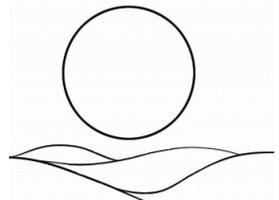
*Labios secados
a sabor de sal.*

*Sed insaciable
de una fuente de agua viva.*

*Huellas fugitivas de pasos
en la arena caliente.*

*Dios nos ha visitado.
Dios es presencia.*

André Berger.



Temas para los próximos números

El equipo de redacción del Boletín, recuperando una antigua tradición, irá publicando con antelación los números previstos para que puedan colaborar quienes lo deseen, ajustándose al tema y al formato del Boletín. Las colaboraciones pueden hacerse llegar a las siguientes direcciones: (vicariopastoral@diocesisalmeria.es) o (asanz@quintobe.org).

La dirección del Boletín se reserva el derecho de publicar o no el artículo enviado así como de adaptarlo, con el visto bueno del interesado, al momento más oportuno y conveniente.

Año 2013 Abril – Junio n. 181

LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO

“Os anuncio una alegría que lo será para todo el pueblo”

(Lc 2,10)

NOTA DE ADMINISTRACIÓN

El BOLETÍN se sufraga con los donativos de los suscriptores. Desde la administración hacemos una llamada a la generosidad.

En estos últimos años se está haciendo un gran esfuerzo en la edición digital que los interesados pueden consultar a unos meses de la edición papel. A éstos también hacemos una llamada a la colaboración económica.

La economía modesta del BOLETÍN es imprescindible para ofrecer este servicio de comunión de las diversas familias y para mantener vivo el carisma.

UN LIBRO... UN AMIGO



AUTOR: Universidad Pontificia de Salamanca. Instituto Superior de Pastoral
TÍTULO: *Recibir el Concilio 50 años después*
EDITORIAL: Verbo Divino
FECHA DE EDICIÓN: 2012.
LUGAR: Estella (Navarra)
FORMATO: 382 pp.

El Instituto Superior de Pastoral dependiente de la Universidad Pontificia de Salamanca celebró en enero de 2012 la XXIII Semana de Estudios de Teología Pastoral dedicando sus ponencias, mesa redonda y trabajos de grupo, al estudio de la recepción del II Concilio del Vaticano coincidiendo con la celebración de los cincuenta años de la apertura de tan magna asamblea por el papa Juan XXIII.

Las siete ponencias de la Semana llevan por título: “Los contextos: del Vaticano II a nuestros días”; “Juan XXIII: el Papa Bueno, párroco del mundo; La Iglesia, misterio y pueblo de Dios. La Iglesia que quiso el Vaticano II”; “Memoria y sinceración de la generación que hizo el Concilio”; “Otra forma de hacer teología”, “Perspectivas de futuro del Vaticano II”; “La evangelización: del Concilio a nuestros días”.

La mesa redonda contó con la experiencia de tres matrimonios, cada uno de una generación, que hablaron de su experiencia en la recepción del Concilio señalando lo que a su juicio se ha conseguido y también haciendo notar aquellas cosas que todavía quedan por poner en práctica.

En el trabajo de grupos se reflexionó sobre la reforma conciliar en la vida de las Iglesias. También se constató las necesarias reformas pendientes.

Como reza el título de las actas de la Semana, presentamos un buen libro para evaluar lo realizado y poner manos a la obra para completar el magisterio del Concilio 50 años después.

MARÍA DEL CARMEN PICÓN.

Fraternidades del Hermano Carlos de Jesús en España

FRATERNIDAD SECULAR "CARLOS DE FOUCAULD"

Equipo responsable coordinado por: Pilar Ibanyez Cabanell Avda. Gaspar Aguilar, 23 -11ª
46007 Valencia. c.e: pilar-ibanyez@ono.com

FRATERNIDAD CARLOS DE FOUCAULD (Asociación de Fieles: laicas con celibato)

- Región Centro Sur: Carmina Fernández C/ Cervantes 5-5f 45600 Talavera de la Reina (Toledo).
- Región de Cataluña: Montserrat Miranda Pérez C/ Baldomer Solá 124, 3º, 2ª 08912 BADALONA (Barcelona). Tel. 934. 412360 y 626.151477.

FRATERNIDAD IESUS CARITAS (Instituto Secular Femenino)

Responsable: Eulalia Guarro i Vendrell. Avda. dels Tilers, 29
Tel. 938 605 352. 08530 LA GARRIGA (Barcelona) c.e: acortadella@hotmail.com

FRATERNIDAD SACERDOTAL "IESUS CARITAS"

Responsable: Leonardo Terrazas Roncal. Avda. de los Principes 13, 1º, A 06300 – Zafra (Badajoz) Tlf. 924.552240 y 634848114; c.e: leonardo-terrazas@hotmail.com

COMUNITAT DE JESÚS (Asociación privada de fieles) Responsable: Josep Calvet C/ Joan Blanques, 10. 08012 BARCELONA Tels. 932 134 110. c.e: secretaria@comunitatdejesus.net; calvet13@gmail.com

FRATERNIDADES DE BETANIA

Fraternidad General: Trafalgar, 70. 2º 1ª. 08010 BARCELONA Tel. 932 682 368.

HERMANITAS DE JESÚS

C/ Francisco Carter, 1, 2º, 3ª. 29011 MÁLAGA Tel. 952 288819.
c.e: htasjesus@diocesismalaga.es

HERMANOS DE JESÚS

C/ Puerto de Oncala, 7 -2º H. 29003 MALAGA
Tel. 952 359 010. c.e.: fjmuno@uma.es

HERMANITAS DEL SAGRADO CORAZÓN

Jacinto Benavente, 10- 7º, 3ª. 28026 HUMANES DE MADRID (Madrid)
Tel. 916 049 512. c.e: yolaine.beaugrand@yahoo.fr

HERMANOS DEL EVANGELIO

C/ Acapulco 2, 3º, 4ª. 04740 ROQUETAS DE MAR (Almería)
Tel. 950 178596. c.e: hermanosdelevangelio@carlosdefoucauld.es

UNIÓN-SODALICIÓN CARLOS DE FOUCAULD

(Para vivir el carisma en solitario) Información: Jordi Giró y Paris y esposa Pepa.
c.e: unionjordipepa@gmail.com

HERMANITAS DE NAZARET

Avda. Santa Rosa 21-23, bajo 2ª 08923 Santa Coloma de Gramenet (Barcelona)
Tel. 93 466 30 26 c.e: htas_nazaret@ono.com

SUMARIO

EDITORIAL

- Maestros de Vida. Manuel Pozo Oller. 5

DESDE LA PALABRA 7

- ¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio! (1 Cor 9,16) André Dupleix. 9

EN LAS HUELLAS DEL HERMANO CARLOS 11

- El II Concilio del Vaticano y las Fraternidades Carlos de Foucauld. Mons. Provençères. 13
- Mártires Contemporáneos. Emérito de Baria. 22

TESTIMONIOS Y EXPERIENCIAS 23

- Mons. Ancel, obispo obrero. Breve historia de una gran aventura. 25
- Curas del post-Concilio. Mirada de una seglar. Carmen Alcaraz. 29
- Parroquias para Evangelizar. Nacimiento y desarrollo de nuevas Comunidades. José Antonio Felices Álvarez. 33

IDEAS Y ORIENTACIONES 37

- Comunidades de oración en tierras del Islam. Mons. Claude Rault. 39
- Mi testimonio, con tres símbolos: palabra, casa, pan. Mons. Ángel Garachana. 51
- El pacto de las catacumbas. Por una iglesia servidora y pobre. 61
- Día de Desierto. André Berger. 64

TEMA PARA EL PRÓXIMO NÚMERO 65

UN LIBRO ... UN AMIGO 66

IESUS  CÁRITAS